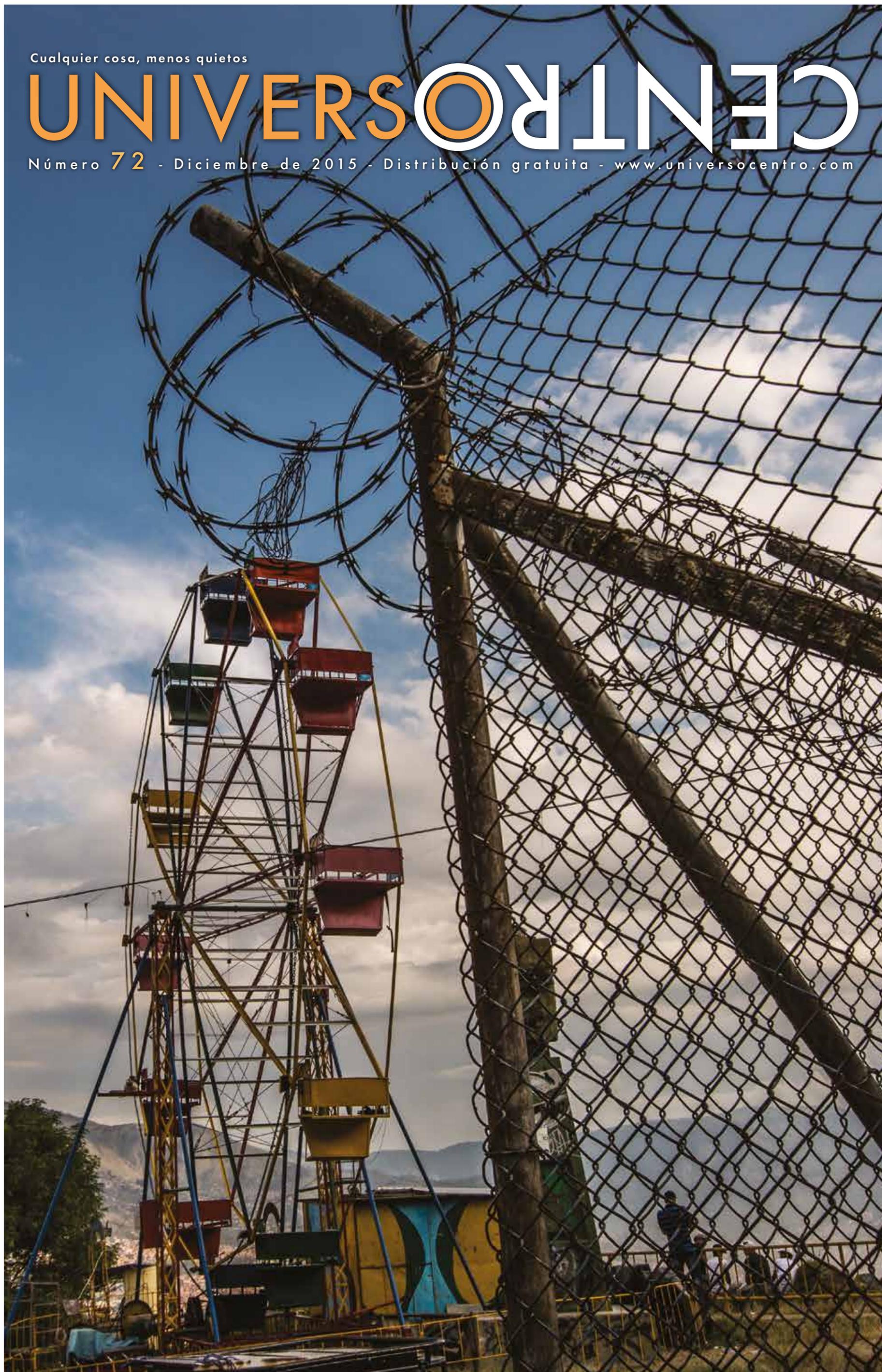


Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 72 - Diciembre de 2015 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Arqueología y alcantarillado



8

Gastronomía sin ruta



12

Nueva Asamblea de la Revolución



16

Calle Medellín



20

Desafiando el milagro



22

Los priscos



26

¿Adónde van los días que pasan?



UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDITOR

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

— Anamaría Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

— Paula Camila O. Lema

ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la Corporación Universo Centro

Número 72 - Diciembre 2015

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



Vigilar la policía

Hace cinco meses los patrulleros tienen unas nuevas señas en Medellín. Hay 425 cuadras marcadas para recibir una dosis triple de ronda diaria. Son calles que la estadística oficial ha bautizado como "puntos calientes", sin acudir a la jerga oficial. La nueva política sostiene que los policías no deben ser espectadores de lo que registran las cámaras callejeras. La idea es que marquen tarjeta al menos 7 veces diarias en la mitad de las calles más bravas, teniendo en cuenta que el 32% del crimen se concentra en el 2,6% de las vías la ciudad.

Hace unos meses hablamos y reseñamos algunos de los "segmentos de vía intervenidos", para recurrir a la jerga oficial. La administración acaba de entregar las cifras de la estrategia que pretende ser plan piloto en Colombia. El economista Daniel Mejía, encargado de implementar el plan en Medellín, acaba de ser nombrado secretario de seguridad de Bogotá.

Lo primero que muestra el informe es que no es fácil sostener el patrullaje. Los motos de policía tienen una brújula azarosa, aunque cuentan con un sistema satelital que les sigue el rastro. El grupo de policías obedientes y dispersos es similar. Los que menos cumplen la ronda obligada obtienen reducciones del 6% en sus zonas, y los más aconductados logran que los delitos caigan el 71% en las calles asignadas. La nueva consigna es patrullar, patrullar y patrullar.

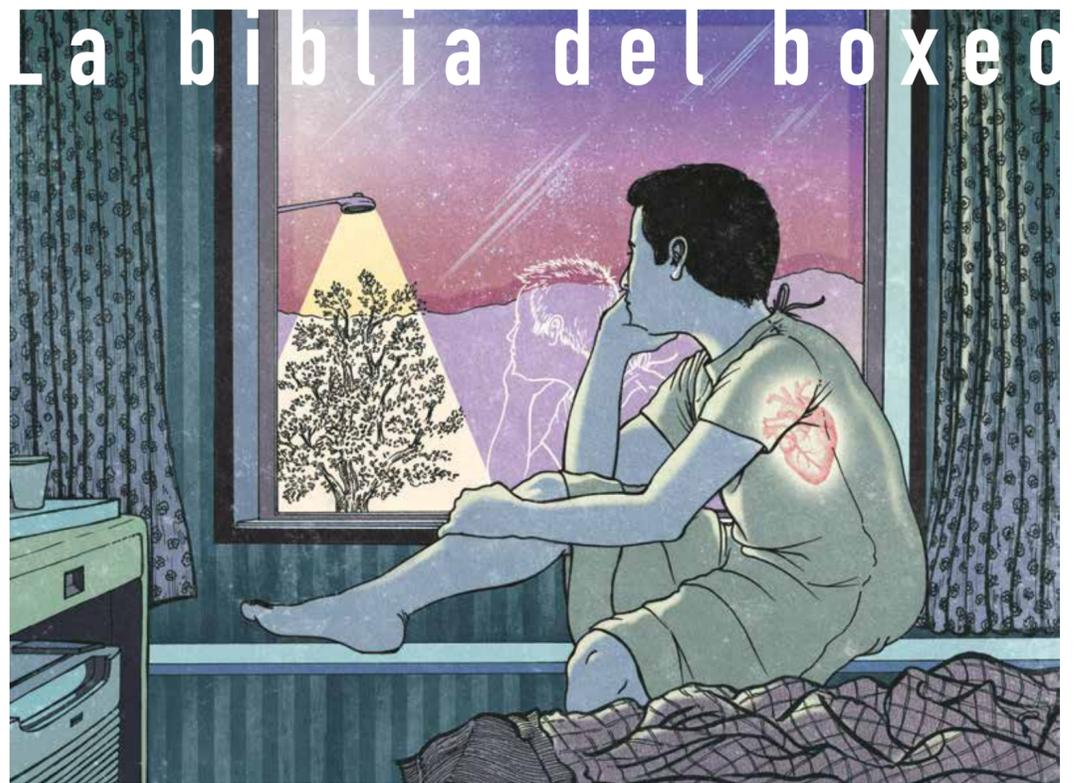
Es pronto para juzgar el trabajo de los serenos siguiendo el hilo de las estadísticas. Pero parece que un ojo lógico, concentrado, puede guiar a los patrulleros u obligarlos a voltear por donde no les gusta, o no les conviene. Se trata de un monitoreo a los policías y a los pillos, un tablero que intenta seguir el juego en línea y con la calculadora en la mano.

Las cifras muestran una reducción del 11% en los delitos monitoreados entre el 5 de mayo y el 17 de octubre en los pun-

tos calientes. El robo de carros (-46%) y el homicidio (-37%) muestran los mejores números. Es significativo que para los delitos más graves, al menos para los del casting más pesado, el patrullaje resulte más efectivo. Se siguieron robando las mismas motos y en el hurto a personas (-8%) apenas se movió la aguja. Es lógico que sean más sensibles los bandidos que los ladrones de poca monta. Este tipo de estrategias siempre han sido señaladas de desplazar el crimen unas calles más allá. En la lucha contra el narcotráfico se ha hablado del "efecto globo". Los sismógrafos oficiales dicen que los "segmentos controlados", es decir, los límites de la calentura, han mostrado una mejoría relativa. La teoría de los científicos de la seguridad lo llama "difusión de beneficios".

Además de aumentar patrullajes, la idea incluye iluminar cuadras bravas, pintarlas, sembrarles uña de gato a los muros de los pillos, y seguir la teoría de otro gurú de la vigilancia callejera, Rudolph Giuliani, quien habló de las "ventanas rotas" para señalar que el escenario es clave en la degradación ciudadina: lo que se ve mal, se pone peor. En las cuadras donde se ha combinado patrullaje y maquillaje las mejorías han sido mayores. De nuevo bajan sobre todo homicidios y robos de carros y motos. Pero siguen, y hasta crecen, las riñas (lesiones personales) y los raponazos. Lo que demuestra que hay unos delitos menores, que aburren a los caminantes habituales y son difíciles de tratar con lámparas, brocha y sirenas. Tropieles endémicos, por llamarlos con una jerga combinada.

Universo Centro seguirá mirando con atención los efectos de ese intento, sobre todo en el Centro. Volveremos a mirar puntos específicos y estaremos pendientes del diagnóstico de la nueva administración sobre ese "programa piloto". Hay un regalo innegable: conocer las calles que señala la brújula de la policía y la fiscalía para poder dar un rodeo o ponerse mosca. ☺



por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Ilustración: Tobías Arboleda

Alas cuatro y treinta de la tarde lo internaron en la clínica. Debía compartir el cuarto con una anciana, pero su madre pidió a la encargada que le consiguieran uno para él solo. Quedaba uno disponible en el tercer piso.

Por estar empezando la vida, él no entiende cómo sus válvulas coronarias le han fallado y ahora tiene que hacérselas cambiar por unas de cerdo. Este es el animal que más parecidas las tiene a un humano, dijo el médico.

Desde la ventana ve un terreno abandonado. Una lámpara de calle ilumina la copa de un árbol que se agita lenta y pesadamente como otro animal. Escucha la máquina del aire acondicionado y de pronto siente que viaja en un buque hospital que lleva desahuciados al otro lado del mar. Oye una tos persistente en otra habitación ¿Toserán igual los hombres de otras lenguas?

La enfermera viene a tomarle la presión. Apenas termina de ajustar la aguja, pide por teléfono que le traigan una colada al paciente del 309. Está prohibido, antes de la cirugía, comer algo distinto. Sonríe cuando ve el plato humeando porque ahora tiene el mismo apetito de cualquier condenado la noche antes de la ejecución.

—¿No vas a llamar a tus amigos? —dice la madre
—Ya hablé con ellos.
—¿Vemos algo en televisión?
—Si quieres ves tú —dice él—, yo no tengo ganas.

No cesa de mirar el lote vacío de enfrente. ¿Será esto lo último que vea? Piensa en voz baja.

El médico le dijo a su madre, a manera de dato curioso, que en esta operación les iba mejor a los viejos. Ella agradece la sincera crudeza del doctor y comienza a tejer una explicación. A los viejos les preocupa menos la muerte y todo tiempo de más lo consideran

una ganancia. Por eso se entregan a las disposiciones de la ciencia con una despreocupación fehaciente. Ella ha sido testigo de esto muchas veces.

Ya han rezado todas las oraciones que se saben. Él la ha seguido para no defraudarla. Tampoco sabe en qué es lo que no cree.

Una muchacha entró sin llamar y trajo un papel para que él lo firmara. Una autorización para practicar la cirugía. La lista de riesgos que enuncian es larga. Cualquiera falla en el corazón mecánico que utilizan mientras cortan el suyo y... no va más. Ese "no va más" lo decía un narrador deportivo que su padre escuchaba los domingos por la tarde, cuando se acababa un combate de boxeo.

La madre supo por el periódico sobre las muertes en el quirófano debido a infecciones. Parece que solo en un hospital pueden criarse las bacterias más resistentes y letales. De un momento a otro las líneas curvas de una pantalla verde pueden empezar a convertirse en una larga e interminable línea recta. ¿Y entonces qué? Él todavía no sabe en qué es lo que no cree.

—No quiero más colada —dice.
—¿Por qué no tratas de dormir?
—No tengo sueño.

Ella recoge los platos y los pone en una mesita debajo del televisor.
—Esta pieza te debió costar un dinerito —dice él mientras mira el cuarto.
—¿En qué estás pensando? —le pregunta ella.

—Ya no sé en qué pensar.
—Piensa en que te va a ir muy bien, si Dios quiere.

—Si Dios quiere —repite él con un tono agrio.
—Tu papá te dejó muchas saludes. Dice que vendrá en cuanto pueda.

El padre quería que fuera boxeador. Desde que tenía trece años, tal vez menos, lo llevaba al solar de la casa y hacía que le diera golpes a una pera. Él

hacía el entrenamiento de mala gana, y como no lo disimulaba, recibía de vez en cuando un gancho de izquierda del propio hombre que le dio la vida. Soportaba el golpe con dignidad, para demostrarle que tampoco era un cobarde.

La madre los contemplaba desde la ventana de la cocina. Los dos estaban sin camisa. El chico lucía flacucho y con unos guantes desproporcionados para su tamaño. Ella trataba de guardarse para sí toda la rabia que sentía en esos instantes. Ahora el padre le decía al muchacho que dejara de pegarle a la pera y mejor escribiera en el cuaderno el siguiente problema, leído del *Álgebra* de Baldor. Hacía un calor sofocante. Ella les llevaba limonada fresca y, mientras el niño bebía con avidez, la mujer le susurraba al padre:

—¿Qué diablos es lo que le estás enseñando al niño?
—¿No estás viendo que es álgebra?
—No me creas idiota. Tú sabes a qué me refiero.

—Lo único que quiero es que sea un hombre.
—¿Un hombre? —ironizaba ella— ¿Un hombre como tú?

—Un deportista consagrado, alguien en la vida.

La mujer recogía los vasos vacíos y regresaba a la cocina con la réplica aguda de su silencio.

Él mira por la ventana ese árbol que parece que lo llamara, que le estuviera haciendo ademanes para atraerlo. ¿Cómo habría sido mi vida de boxeador? Lo he defraudado. A las madres, en cambio, nunca se les decepciona. Ella solo quiere que yo esté bien, haciendo lo que yo quiera. Pero el camino de un artista es mucho más difícil de abrir que el de un boxeador, o igual de incierto. Golpe a golpe, verso a verso. Y entonces recuerda que hay un escritor alcohólico que ha practicado el boxeo de taberna, solo por placer. Ahora no

encuentra el nombre de este en su memoria, un apellido de inmigrante polaco, tal vez. Artista y boxeador callejero. Se podría ser las dos cosas a la vez.

—Mira tu nariz —le decía el padre—, tienes la misma de un púgil. Llevas un campeón dentro y yo voy a hacer que salga al ring.

Nunca salió. Su padre llegaba borracho con más frecuencia que antes. Traía debajo del brazo, entre barquínas, una revista: *La Biblia del Boxeo*. Cuando su padre se marchó de la casa, la madre hizo un arrume y las quemó. Había más de ochocientas. Él las vio arder. Recuerda ahora una foto enorme que se negaba a arder. El fuego hacía que el boxeador impreso encogiera los puños muy lentamente. Era Alfonso 'Peppermint' Frazer.

La operación está programada para las seis de la mañana. Ya es la una. No siente frío, ni nada. La madre está en la cama, mirando hacia el aparato de televisión, refugiada en la trama de una película. Él se ha levantado del sofá de las visitas y vuelve a la ventana, armado de una cámara de video. Descorre el vidrio de la ventana y comienza a grabar las convulsiones de ese árbol, en la penumbra color sepia de la lámpara de mercurio. Es verdad que parece que se hubiera metido en él un espíritu. Cada una de sus ramas aparenta dar un golpe lento. Tal vez sean los árboles los que mueven el aire y no al contrario. A veces no sabe muy bien en qué es lo que no cree. Quiere dejar registrado el terreno baldío, la grama seca, las canecas con desechos. Parece una de esas películas en las que no pasa nada. Pero a lo mejor está pasando algo y no se da cuenta. Hasta el más leve movimiento adquiere un sentido imprevisto.

—¿Por qué no te acuestas ya? —dice ella
—No tengo sueño.
—¿En qué estás pensando?
—En nada. En ese día... después de mañana. ☺

Arqueología y alcantarillado

por GUILLERMO CARDONA

Fotografías: Pablo Aristizábal y Juan Fernando Ospina



Puente construido a finales del siglo XIX en la calle Colombia entre la carrera El Palo y la Avenida Oriental.



Excavación en Juanambú.

Un hallazgo arqueológico en pleno centro de Medellín es sencilla y llanamente un milagro. Además, es la primera vez que se encuentran en el sector evidencias de un asentamiento con muestras de cerámica Marrón Inciso del periodo Temprano, un estilo característico de las comunidades indígenas que habitaban el Valle de Aburrá entre los años 0 y 800 de nuestra era. Una simple acometida de acueducto terminó convertida en un hito para el estudio de nuestro pasado, al develar los restos de un vedero utilizado por una pequeña comunidad que tuvo su asiento en lo que es hoy Juanambú (calle 54), entre las carreras 54 y 55, a pocos metros de la Avenida De Greiff, bajo cuya losa corre invisible y silenciada la quebrada Santa Elena.

En su momento, este poblado y muchos otros de la época se ubicaron cerca a los deltas de los riachuelos y quebradas que desembocaban en el río, donde se podía encontrar agua fresca y mejores condiciones para la agricultura y la pesca. En Juanambú estaba el delta de la Santa Elena y sus humedales que ab-

sorbían las inundaciones en temporada de lluvias, exactamente donde hoy está la Plaza Minorista.

Como se afirma en el libro *Aburraes: Tras los rastros de nuestros ancestros: Una aproximación desde la arqueología* (Colección Memoria y Patrimonio, Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín, 2015), durante muchos años el crecimiento y el desarrollo de nuestra ciudad ignoró la existencia de vestigios arqueológicos. Por tanto, las huellas del pasado fueron desapareciendo en medio de las excavaciones para construir nuevas viviendas, industrias, vías y almacenes.

De manera que fue toda una sucesión de milagros lo que hizo posible el milagro mayor. Se le está haciendo curaduría arqueológica al proyecto de EPM Centro Parrilla (una modernización de las redes de acueducto y alcantarillado que tiene medio paralizado el centro histórico, con vías cerradas, mucha bulla y polvo, todo con el encomiable propósito de sanear la quebrada Santa Elena y el río Medellín), aunque según el POT sectorial dicho territorio carece de interés arqueológico. Como fue un milagro sensibilizar a los mil

trabajadores del proyecto a través de un curso de capacitación que dictaron Pablo Aristizábal, líder de las labores arqueológicas, y su equipo.

En la iglesia de San Antonio se dictaron esos talleres que permitieron, por ejemplo, de que en medio de su labor rutinaria uno de los operarios advirtiera algunas trazas de tierra negra con restos de cerámica. Una tierra que para los ingenieros es el “descapote”, lo primero que se quita para levantar una edificación o cualquier otro tipo de obra civil. Ese invaluable depósito con testimonios del pasado simplemente se retira y se reemplaza con piedra y arena, ignorando quizá que esa sedimentación se acumula por acción de la vegetación y del hombre, y que una capa de cincuenta centímetros tarda unos mil años en formarse.

Solo un milagro puede justificar también que partes del yacimiento sobrevivieran a la construcción de las vías y las edificaciones en un sector como San Benito que ha sido intervenido sin contemplaciones durante los últimos setenta años. Una vez finalizada la extracción del material, comenta el arqueólogo Aristizábal, encontraron un

atanor de ladrillo pegado con cemento –no con argamasa, es decir, fue un trabajo reciente– y otra tubería más nueva en concreto; y en diagonal, cruzando por debajo del yacimiento, una tubería más, de hierro galvanizado. ¿Cómo se salvaron esos pequeños brochazos de lo que seguramente fue un basurero indígena? ¿Cómo sobrevivieron a toda las excavaciones en ese mismo lugar donde se enterraron tuberías de acueducto y alcantarillado, redes eléctricas y de gas? El mismo arqueólogo se responde: “¡De milagro!”

Se registraron tres muestras de suelos en una sola capa que va entre los cincuenta y los noventa centímetros de profundidad, muestras que dan cuenta de un solo evento, una sola ocupación, homogénea, de asentamiento no ritual, ni funerario. No se hallaron huesos ni objetos metálicos.

Disculpas a los ancestros

Como arqueólogo especializado en las culturas prehispánicas del Valle de Aburrá, Pablo Aristizábal siempre se acerca con respeto a las excavaciones; una vez terminadas, deja ofrendas a los

ancestros –una manera de presentar disculpas por hurgar entre sus cosas–, a condición de convertirse en mensajero. Siente una íntima conexión con el mundo indígena y un profundo respeto por los antepasados. Y asume como una responsabilidad ética conservar los objetos y la información que recolecta, y compartir lo que encuentra y lo que aprende a través de una exposición museográfica, un libro, un documental o un trabajo de investigación.

Dice que es cuestión de fe, y aclara: –A mí no me gusta mucho hablar de eso pero tengo mis rituales. Y cada año nos llegan regalitos y vamos aprendiendo y valorando y viendo la forma de sacarles el mayor jugo posible a esos regalos que se nos van apareciendo.

Esa especie de comunión con nuestros antepasados al parecer le funciona, pues ha estado presente en los hallazgos arqueológicos más importantes que se han registrado en nuestra ciudad en los últimos años, todos encontrados de milagro. Además del lote Los Guayabos, en El Poblado, en inmediaciones de la Universidad Eafit, donde rescataron dos vasijas de unos

mil años de antigüedad al lado de unos huesos de caballo y restos de vidrio, obviamente mucho más recientes; o en el barrio La Colinita, donde unos trabajadores de EPM estaban templando el viento de un poste y se les hundió la barra, entonces llegaron Aristizábal y su equipo y hallaron casi intacta una tumba de pozo con cámara lateral, correspondiente a la cultura Marrón Inciso del periodo Tardío (desde el año 900 hasta el contacto con los soldados del mariscal Jorge Robledo en el siglo XVI). Tanto en Los Guayabos como en La Colinita, los hallazgos se preservaron pese a que ambos yacimientos tenían una casa encima.

Lo que dice la basura

Lo hallado por el equipo de Pablo Aristizábal en Juanambú fue un basurero; es claro, porque toda la alfarería estaba en pedazos. Además, por sus bordes y acabados no muy refinados resulta evidente que eran utensilios de uso diario para cocinar y servir la comida. Se hallaron también fragmentos de herramientas talladas en piedra, trozos de carbón, y muy seguramente polen,

restos de plantas endémicas y rastros de los alimentos que cultivaban, probablemente maíz, frijol y ahuyama, la trilogía que servía de base a la dieta de nuestros antepasados.

Para tener certeza sobre lo hallado y una datación más precisa, es necesario esperar los resultados de los estudios de paleontología que se harán en la Universidad Nacional, y el análisis de carbono 14 para el que se requiere enviar algunas muestras a Miami. Es decir, a finales de 2015 conoceremos detalles del material orgánico depositado y la fecha en que dicho poblado estuvo activo, con un margen de precisión de cien años y no de ochocientos, como se tiene hasta el momento.

Ahora, ¿quiénes eran estos antiguos residentes? Según Pablo Aristizábal, una comunidad de agricultores, pescadores y cazadores, antepasados de los aburraes, cuya principal riqueza residía en la aguasal, un recurso que explotaban en manantiales naturales que hicieron habitable el Valle de Aburrá hace más de diez mil años.

La misma Santa Elena era conocida por los indígenas como Aná, que en su lengua significaba *quebrada de sal*. Por

muchos años esta corriente fue conocida como Aguasal.

En algunas zonas de El Retiro y Santa Elena cercanas a los más célebres pozos de la región, hoy cubiertos por la represa de La Fe, se hallaron tios de bordes gruesos y burdos, grandes damajuanas en arcilla donde los indígenas depositaban el agua y la evaporaban por cocción. Luego quebraban la vasija y quedaba un bloque llamado “pan de sal”. Este producto lo envolvían en hojas de palma y lo cargaban a la espalda para bajarlo hasta el valle. Esos panes eran la mayor riqueza para nuestros antepasados, pues la sal por estos lares era más escasa que el oro.

Tanto los indígenas como los descendientes de los primeros españoles excavaron el lecho de la quebrada Santa Elena hasta bien entrado el siglo XIX, pero realmente no había mucho oro en este valle, contrario a lo que ocurría, por ejemplo, en el Cauca, donde el mineral era abundante.

Poco más sabemos sobre estos antiguos habitantes de Medellín. Según el arqueólogo Aristizábal, tienen parentesco con la cultura Quimbaya del periodo Clásico, pero no nos quedan



Cerámica Marrón Inciso con decoración de incisiones y bordes biselados.



Crisolos de arcilla con la inscripción “Battersea Fluxing – England”.



Cerámica Marrón Inciso con decoración de incisiones y bordes biselados.



Cobertura de la quebrada La Palencia construida en 1874.



Lozas inglesas de los siglos XIX y XX.

vestigios de su lengua o creencias, de sus cosmogonías, de sus alegrías y tristezas, ni una imagen o una idea aproximada de la apariencia física de quienes habitaron el Valle de Aburrá en tiempos remotos.

Se sabe, sí, que en el año 900 implementaron cambios importantes en los ritos funerarios; los muertos ya no eran incinerados y enterrados bajo la misma choza donde vivían, sino en enterramientos colectivos que empezaron a realizarse en tumbas cavadas en los cerros. De hecho, en El Volador, La Colinita y el cerro de la Universidad Adventista se han encontrado tumbas correspondientes a este nuevo periodo, el Tardío. Así mismo, se tienen registros del uso de tejidos de algodón, una actividad que fue la ocupación principal de los aburraes, quienes se especializaron en la fabricación de mantas y utilizaban pintaderas y rodillos con motivos geométricos para teñir el algodón que traían desde las riberas del Cauca en tierra caliente. Además, criaban curfies y perros mudos, una especie de can americano también desaparecido de nuestra región, según las crónicas grandes compañeros en las labores de caza. Pero dichas prácticas y costumbres comenzaron a desaparecer al momento del primer encuentro con los españoles en 1541.

Los pocos indígenas que no cayeron a lo largo de medio siglo de batallas por la Conquista hasta la fundación de nuestra ciudad en 1616, o se suicidaron o murieron de enfermedades desconocidas para ellos como la viruela y la gripe común, y los últimos sobrevivientes simplemente se fundieron en la cultura

imperante, y la cultura precedente desapareció sin dejar rastro.

Centro Parrilla

En los años cincuenta las Empresas Públicas de Medellín sacaron adelante uno de los proyectos más ambiciosos de la época para la modernización de la ciudad: garantizar que el sector donde no solamente se encontraban los principales servicios oficiales, comerciales, industriales, bancarios y de transporte, sino donde residían las familias más prestantes, jamás tuviese problemas por cortes de energía eléctrica o de suministro de agua. A ese corazón de la ciudad se le llamó Centro Parrilla, y es el mismo sector en el que hoy se adelantan trabajos para reponer y modernizar 35 kilómetros de red de alcantarillado y 40,7 kilómetros de red de acueducto, así como recolectar 107 descargas de aguas residuales.

En esta zona se está realizando un trabajo de alta tecnología con robots tuneladores conocidos como "lumbreras". En las calles Colombia y Caracas se pueden observar sendas perforaciones circulares por donde bajan los robots a trabajar. El aparato se encarga de perforar los túneles y a medida que avanza va poniendo las tuberías. A través de estos conductos se coleccionarán todas las aguas negras que hasta hoy se siguen vertiendo en la quebrada Santa Elena y luego caen al río.

Cuando se culminen las obras a finales de 2017, todas las aguas residuales llegarán a túneles colectores que las llevarán directamente a la nueva planta de tratamiento ubicada en Bello. Solo a

partir de ese momento podremos decir que empieza la recuperación definitiva del río Medellín.

Otros hallazgos

Encontrar los vestigios de un asentamiento humano de más de mil quinientos años en Juanambú fue sin duda el hallazgo más valioso del grupo de arqueólogos, dibujantes y personal de apoyo que acompaña la obra de Centro Parrilla, en procura de preservar los pocos vestigios del pasado que aparezcan antes de tapar de nuevo y seguir la vida.

También se han hecho descubrimientos más modestos pero igualmente notables, como el hallazgo de varios polines de tranvía *in situ*, tal cual se instalaron a comienzos del siglo XX; tres puentes, las coberturas en adobe de las quebradas La Palencia y Santa Elena, una botella de soda de 1880 y dos crisoles de orfebre con el rótulo "Battersea", un barrio de Londres famoso por su alfarería en arcilla con caolín, una arcilla blanca que permite la fabricación de losa y porcelana, material refractario que soporta mucho más calor y que permitía a los orfebres fundir las pepitas de oro y elaborar sus piezas de joyería.

En total fueron veintitrés los hallazgos, en su mayoría de la era republicana. Quizá para algún ingeniero de afente los mares encontrar un objeto de ochenta o cien años de antigüedad no sea ninguna gracia, pues en Europa se puede andar dos pasos sin toparse con vestigios de un pasado que puede remontarse mil o dos mil años atrás. Pero esta es nuestra historia.

Como dice Pablo Aristizábal, la arqueología da cuenta de la manera como se ha ido transformando nuestro entorno, y la superposición de los diversos depósitos culturales, como una casa de barrio popular construida sobre una tumba prehispánica, también da cuenta de nuestra identidad.

Para un arqueólogo convencido es una bendición que en Medellín no se encuentren muchas piezas de oro en las urnas funerarias –de pronto alguna nariguera, que por su peso no tienen ningún valor comercial–, porque eso ayuda a concentrarse en la exploración de nuestro pasado.

Para ilustrarlo, Pablo Aristizábal habla del galeón San José y de todo lo que podría contarnos sobre la época: qué clase de navío era un galeón, cómo era entonces el fenómeno de la piratería, qué técnicas de navegación se utilizaban, cómo y por qué se acuñaban las monedas, y de toda la importancia que tiene el hallazgo para la historia de nuestro país. Todos los objetos rescatados deberían simplemente pasar tal cual están a un museo, a disposición de los investigadores y a la vista del público. Pero no. Tantas inquietudes que suscita el rescate de un navío que se fue a pique en 1708 luego de un ataque de buques ingleses en la península de Barú, y los colombianos únicamente pensamos en el billete, en cuánto vale el tesoro. Como si decir que el galeón San José es de todos los colombianos significara que cada uno de nosotros debería recibir en metálico una cuarenta y cuatro millonésima parte. ☹



*Aun la vida vivirá.
Y seguirá en los seres
abriéndose caminos a la luz.*
Carlos Framb.



*Cooperativizando
para el Bienvivir
2015 - 2016*

**“ Si tienes clara la estrategia,
¿cuál será tu próximo movimiento? ”**
(EAFIT)

Inspira Crea Transforma



Los barrios marcan algunos hitos con el carbón, la paila hirviente y la ruta que siguen los antojos ambulantes. Culinaria y repostería de esquina. Empanadas, obleas y tilapias que no necesitan aviso ni local. Siga la voz, siga el aroma, siga la fila.

Gastronomía sin ruta

Barrio Belén

Las empanadas tienen su especialista

por REDACCIÓN UC

Fotografías: Juan Fernando Ospina



Las empanadas de Gabriel Cuartas son a 350 pesos la unidad. Están hechas exclusivamente con masa de maíz, ni un gramo de harina. En su interior hay papa y guiso de cilantro, cebolla blanca y cebolla larga; no tienen carne ni la tendrán porque Gabriel dice que las de carne son para comérselas en la casa, “de resto, uno no sabe qué es lo que les echan”.

Las empanadas de Gabriel se consiguen en la calle 30A con 78A, a dos cuadras del parque de Belén, en una esquina de paredes viejas y techo de teja. Allí está el mostrador escueto desde donde se puede ver a su fabricante abajo, en un semisótano, armando los bocados por tandas mientras en el radio suena música vieja a todo volumen.

Las empanadas de Gabriel se pueden comprar, siempre acabaditas de hacer, a partir de las tres, tres y media de la tarde y hasta las ocho de la noche. Son empanadas de fiar, dice, porque nunca deja de un día para otro, ni crudas ni fritas, “la política mía es vender solo lo del día”. Y se pueden acompañar con el encurtido que él mismo prepara, con los mismos ingredientes del guiso más zanahoria.

Gabriel Cuartas también se presenta como “el empanadólogo” y lo argumenta diciendo que así como hay especialistas en otros ramos, él, con catorce años de experiencia, merece también su título. Para él fue una bendición haber renunciado a vender chuzos y chorizos para dedicarse de manera exclusiva a la empanada convencional. “Esto ha sido de gran ayuda para mí, yo soy pensionado pero sin esto no me hubiera alcanzado para levantar a los hijos, a la familia”.

A Gabriel le enseñó su hermana a hacer empanadas cuando todavía ni se imaginaba que iba a llegar a hacer 170 diarias. Y las hace sin afanes ni desesperos. “No me interesa hacer más de ahí, tampoco conseguir empleados. Primero, porque el negocio no da para eso, y segundo porque yo hago esto porque lo disfruto, me gusta, y si uno se pone en el estrés de producir más se le daña el estado anímico y le quedan malas las empanadas”.

El empanadólogo dice que solo dejará el oficio cuando físicamente no pueda. Hasta entonces seguirá levantándose a cocinar y moler maíz, abasteciéndose de ingredientes en la Minorista y abriendo el local, sin falta, a las dos de la tarde, de lunes a sábado. ☺

La Quesuda



Llegó La Quesuda, puntual como cada domingo. Estacionó su carro junto a la cancha de El Progresar y puso en la calle una mesa plástica con sombrilla. Cuando apenas estaba sacando los tarros llenos de lecherita y arequipe, las cocas con mango picado, el queso rallado, el racimo de bananos pecosos y las obleas caseras, ya se habían arrumado a su alrededor, con ojos vivaces, los primeros clientes: “Dame un vaso con mango”; “yo quiero una quesuda de dos mil”; “para mí una bandeja con banano”. Pocos saben que ese moreno al que todos le dicen La Quesuda se llama Xavier Mosquera.

Empezó a llegar más gente, y él a despacharlos con la habilidad de un avarar de ocho brazos, mientras les preguntaba: “¿Qué quiere reina?”, “¿qué va a llevar el rey?”, “¿qué le sirvo a la mami?”, “¿cuántas porciones, mi hermano?”. “Dios lo bendiga”, le dijo a cada uno al recibir la plata. No tiene ayudante porque todos quieren que sea él quien los atiende; prefieren armarse de paciencia hasta recibir sus porciones para luego sentarse a comer en las mangas de los alrededores desde donde divisan el Valle de Aburrá o en las tribunas de la cancha mientras ven el torneo de fútbol del barrio.

Está contento; siempre está contento, asegura. Abre su boca bembona y suelta, a capela, un canto grave, ancho y denso que se extiende por toda la cuadra al ritmo de lo que podría ser un porro o una cumbia: “Oiga / mire / vea, / pruebe La Quesuda para que vea. / Si subimos a Los Sauces, / allá está La Quesuda. / Si bajamos a Santander, / ahí yo veo a La Quesuda. / Si nos vamos pa'l Picacho, / ahí yo veo al Quesudo”. Xavier sonríe mostrando los dientes refulgentes; el mismo gesto alegre que tiene en la foto, ya desteñida, estampada

en la espalda de su delantal blanco: un primer plano de su rostro anguloso y ancho, sin barba, y en la mano una oblea a la que le echa lecherita.

“A mí la gente me pregunta: ¿Cómo estás, Quesudo? Y digo: Bien. Estoy siempre alegre y dispuesto a servirle a la gente. Por eso yo digo: ¡Fuera tristeza que llegó la alegría! Si tristeza te invita a salir dile que no, que se parece sola que tú vas a salir con alegría”, dice este chochoano que vive en Medellín desde los dos años. Y hace diez, después de trabajar como jefe de personal en una compañía de venta de libros, decidió independizarse, pues a pesar de que tenía un buen sueldo no le quedaba tiempo para su esposa y sus hijos.

“Yo te digo, el éxito que uno tiene en el trabajo no compensa nunca el fracaso en el hogar. Yo viajaba mucho, si mi esposa cumplía años me tocaba llamarla por teléfono para felicitarla. Y te digo una cosa, la torta no sabe lo mismo el día del cumpleaños, que es el 24 de junio, que el 3 de agosto, ya está vinagre. Eso me motivó a decir: vamos a trabajar independiente. Para qué dinero si no lo puedes disfrutar con los tuyos”.

Lo primero que empezó a vender, andando a pie por los barrios y cargando al hombro neveras de icopor, fueron fresas con crema. Un día se antojó de las galletas caseras, parecidas a la oblea, que pasó ofreciendo un señor. Le compró un paquete y se sentó a comérselas. En esas pasaba una muchacha embarazada que se le acercó y le

dijo que le vendiera una. “No son pa vender, son pa mí”, le dije. Pero como existe el cuento de que si no se calma un antojo el niño nace boquiabierto, me tocó dárselas. Y ella luego me dijo: “Usted debería vender de estas galletas con queso, haría mucha plata”.

Visionario y estrategia, le hizo caso y se inventó La Quesuda, hechas con esa galleta casera crujiente grabada de cuadrillos, abundante queso, arequipe y lecherita. Para empezar a venderlas hizo gala de su suspicacia: “Yo trabajo en el colegio Alberto Díaz. Y los niños me preguntaban: ‘Señor, ¿a cómo la obleas?’. ‘A mil’. Y me decían: ‘Eso tan caro, eso tan caro’. ‘A mil son’, les decía. Entonces se me ocurrió una idea. ‘Vamos a regalar la primera oblea’. Y le dije a una niña: ‘Hágame un favor, yo le voy a dar mil pesos y usted me va a comprar una’. Le pasé la plata por la reja del colegio y luego llegó la niña: ‘Señor, me da una oblea grande’. Entonces los otros niños la vieron y llegaron otros: ‘Señor, me da una oblea así grande como la de esa niña’. Entonces así fue. Ese día vendí quince obleas”.

Cinco años después se le ocurrió vender mango, pero sin sal ni limón, sino con lo mismo que llevaba la galleta. Al principio lo miraron raro. “La gente decía: ‘¿Mango con dulce y queso? Gas, eso da vómito’. Y yo: ‘¿Gas? Gas que pa dentro vas’. Y así fue, la gente probó y

le gustó. Y después hice lo mismo con el banano”. Le empezó a ir tan bien que se compró una moto que luego cambió por un Renault 4, después fue un 18 y ahora es un Mazda al que le puso una sirena que activa cuando llega a los distintos barrios que recorre. Sus clientes, que lo esperan con fidelidad, viven en Kennedy, París, Doce de Octubre, El Picacho, El Progresar, San Javier y Santander. Lugares a los que va solo unos días específicos de la semana, según su organigrama escrito con tinta roja en una hoja cuadriculada, para no cansarlos todos los días con lo mismo, dice.

“Con esto sostengo a mi familia. Y en este momento estoy metido en un crédito de vivienda, hasta el momento vamos QAP. Es que lo más fácil en la vida es no hacer las cosas. Y para no hacer nada usted saca cualquier excusa: que no me dio el tiempo, llovió, hizo sol... Y las metas no admiten excusas. Lo que se necesita es acción. Actuar y ser organizado. Mami,afortunadamente y con la ayuda de mi Dios, en abril compro la casa. Y voy a hacer una farra ni la hijueputa y voy a cantar —abre su boca morena, mientras le echa arequipe a los trocitos de mango—: ‘Esta casa es mía, túmbenla, estoy contento, túmbenla’. Todos están invitados a mi fiesta”, le dice, abriendo sus ojos redondos y negros, a la gente que lo rodea. ☺



Barrio Ocho de Marzo Tilapia con sabor chocoano

La casa es un lugar meramente funcional; salvo por un par de fotos familiares y un cuadro torcido, no hay adornos. En la sala un sofá doble de cuero, una silla de plástico y un televisor encima de un escaparate conforman todo el mobiliario. En los cuartos sin puertas, lo básico: camas y armarios. Al fondo de la casa, la cocina con un poyo largo de cemento gris que termina en un lavadero con un tanque grande donde se lava ropa, loza y mucho pescado. Exactamente, tilapias rojas y negras traídas desde Armenia, Quindío, a la casa de María Eida Martínez, ubicada en un alto junto a la cancha del barrio Ocho de Marzo. Desde la amplia terraza que la precede se divisa el barrio La Sierra, al otro lado de la quebrada Santa Elena. Es allí donde María Eida, más conocida como 'La Abuela', dispone de mesas y sillas para atender la clientela que llega los viernes, sábados y domingos en busca de pescado frito con patacón.

Según el tamaño, el precio del plato puede variar entre siete y doce mil pesos. Pero cualquier tipo, cualquier tamaño, cualquier precio garantiza un sabor único y un comensal que vuelve. "El que viene una vez viene más veces", asegura María Eida, de 84 años, mientras limpia y descama pescado.

De Villa Hermosa, Manrique, Buenos Aires y hasta de Itagüí ha llegado gente para comer el pescado de La Abuela. Su asistente, 'La Tía', otra negra grande, de risa fácil y muy coqueta, los echa a la sartén después de que La Abuela los adoba. "Ella tiene su secreto, el cuento se riega y ya hasta hay gente que encarga para llevar y nos pide domicilios". La Tía unta de harina el pescado y lo desliza en la paila de aceite caliente.

Ambas mujeres y sus familias vienen del Chocó. María Eida llegó hace treinta años a Medellín, y abriéndose camino se fue trayendo a una parte de su gente. Vende pescado hace veinticuatro años y se ufana de no fiar y no regalarle a nadie: "El que se come el pescado, lo paga"; no vale ser sobrino, nieto, hijo, el que sea.

Todo empezó porque María Eida no quería depender de su esposo. "Tener que pedir plata para esto, para lo otro, que vea que deme mil peso, ah, ¿qué para qué mil peso? Entonces a explicar para qué los mil peso. En cambio uno tiene su plata, se pone su falda y dice: ahí le dejo la casa, me voy para el centro a comprarme un labial, una blusa". Así explica La Abuela por qué se metió en el negocio. Y cuenta que solo en diciembre deja de lavar, preparar y vender pescado para ir a ver a los suyos en Istmina.

El pescado en el plato crujie, al cliente lo consienten: el patacón se lo hacen de plátano maduro, verde o pintón, y si avisa con tiempo, la noche o el día anterior, le cocinan yuca para acompañar. El limón no falta y le consiguen la bebida.

En cualquier momento, La Abuela grita desde la cocina con su delantal mojado: "¿Les gustó?". No hay remedio, hay que volver y traer a Perano que es fanático de la tilapia. La Tía, en la terraza, junto al fogón de leña cubierto con una lona, aplasta plátanos sonriendo: "Aquí lo único que dejaron fue espina".



OBRAS QUE TRANSFORMAN

Area
METROPOLITANA
Valle de Aburrá
PURA VIDA

35
AÑOS



Ninguna revolución está preparada para la derrota. Venezuela ha celebrado veintinueve elecciones en los últimos diecisiete años. El pasado 6 de diciembre celebró la oposición. Pero el gobierno acostumbró a muchos de sus seguidores a la lógica del combate, no solo con retórica sino también con fusiles, entrenamiento y milicias propias y ajenas. Es posible que terminen en parlamento contra armamento.

NUEVA ASAMBLEA DE LA REVOLUCIÓN

por GABRIEL MATA GUZMÁN

Ilustración: Alejandra Congote

El clima de cambio y la expectativa que generan los resultados del pasado 6 de diciembre en Venezuela son innegables. Quienes nunca habían gozado una victoria electoral están felices. Ha ganado el descontento con la Revolución Bolivariana que no suplió la necesidad de cambio y unidad que tenemos en Venezuela desde hace décadas. Pero la situación no está fácil... Venezuela es un país convulsionado.

Hay muchos chavistas molestos con la administración de Maduro. No es algo nuevo: desde que asumió el mandato hace dos años largos, la situación comenzó a ir de mal en peor. Una crisis sin precedentes —inflación, recesión, estancamiento, devaluación de la moneda— terminó de hundir al país. No es de extrañar que algunos pesos pesados del chavismo y grupos radicales que apoyaban la revolución se hayan distanciado del gobierno.

Los más conocidos —y radicales—, como los profesores Héctor Navarro y Jorge Giordani, han denunciado al gobierno a través de redes sociales, el portal aporrea.org y uno que otro espacio alternativo. Lo más significativo que lograron fue que un grupo violento de simpatizantes de Maduro, supuestos habitantes del barrio 23 de Enero de Caracas, los acosaran e insultaran entre escupitajos, además de impedirles concluir la rueda de prensa que oficiaban en un hotel en la capital luego de la reciente derrota. Dudo que estos dos curtidos guerrilleros de la izquierda se lancen a la misma aventura que vivieron en los sesenta como guerrilleros en Venezuela.

A pesar de su pasado incendiario parecen estar jugando a la institucionalidad. Pero están bravos, como cientos más, y no doblegarán sus ideales comunistas ni capitularán la construcción de la "patria socialista". Una fracción del Partido Socialista Unido de Venezuela, Marea Socialista, también ha expresado su descontento y la necesidad de hacer una auditoría ciudadana, para continuar con el modelo "socialista" propuesto por Hugo Chávez.

Como ellos, el año pasado otros grupos más radicales también se distanciaron de la revolución de Maduro. Colectivos como Alexis Vive, 5 de Marzo y La Piedrita, que forman parte del Secretariado Revolucionario de Venezuela junto a otras organizaciones, han expresado su descontento en reiteradas ocasiones. El forcejeo no se ha quedado en palabras. Antes de su destitución, Miguel Rodríguez Torres —exministro de interior, justicia y paz— ordenó un allanamiento a la sede del Secretariado, donde las fuerzas de policía ultimaron a José Odreman, uno de los líderes de los colectivos.

Hoy, el quiebre es inminente. A Maduro y su gabinete no los quieren las bases desde hace tiempo, y entre ellas están los más radicales, los de armas tomar, organizaciones y colectivos revolucionarios que están acéfalos desde las muertes de Lina Ron, Hugo Chávez, Juancho Montoya y Robert Serra.

También otras organizaciones armadas como el FBL (Fuerzas Bolivarianas de Liberación) le han declarado la guerra a la "oligarquía rojiburguesa" con discursos inflamados, a través de videos subidos a Internet, siempre con capuchas y uniformes militares. Pero al adentrarse en los llanos venezolanos y pasearse por las fronteras, se pueden ver varios movimientos armados operando impunemente en nuestro territorio. Paramilitarismo para todos los gustos y de todos los colores, Farc, ELN, FBL y otros más, delinquiendo en asociación con guardias nacionales y militares en los estados Apure, Táchira, Portuguesa, Guárico, Zulia, Mérida, Barinas, y pare de contar. Lo cierto es que a muchos en Venezuela les conviene la impunidad. Y

quién mejor que un gobierno con diecisiete años de experiencia en impunidad para ayudarles.

Por otro lado, la Milicia Bolivariana, creada por el fallecido Hugo Chávez como componente alterno de las Fuerzas Armadas, depende directamente de las órdenes del presidente. Es una reserva grande, fuertemente ideologizada. Gente humilde que vio una oportunidad económica en su asimilación a la revolución. Hoy trabajan para el Estado. Sin embargo, también tienen su organización y entrenamiento militar, y cómo no, mucha conciencia de clase. Esta "institución", pensada para la defensa de la revolución, no es mucho lo que puede o sabe hacer sin liderazgo. Sin Chávez.

La milicia es el Poder Popular, conformado por las unidades de batalla Bolívar-Chávez y otras organizaciones de carácter popular que emulan los cuadros revolucionarios cubanos. Luego de perder las elecciones a la Asamblea, Maduro llamó al Poder Popular, colectivos y Guardia Nacional Bolivariana para "planificar la contra ofensiva Revolucionaria; un nuevo 4F y 13A", haciendo referencia al Golpe de Estado de 1992 y a la restitución de Chávez en el 2002.

Líderes populares, ya cansados de los niveles de impunidad y corrupción de la élite gobernante, están buscando la posibilidad de irse a las armas. A 'Cabeza e'Mango', conductor de un programa de un canal público, hace poco se le vio en un mitin despotricando de los ministros y la burocracia chavista. "A partir del 5 de enero —el día que tomarán posesión los nuevos diputados— los escenarios de batalla son otros... ¡Tenemos que echale aceite a los fusiles!", gritaba mientras militantes del Partido Socialista le aplaudían.

Muchos tienen una ideología que no negocia. Otros son radicales y extremistas; marxistas, leninistas, anarquistas y comunistas... Están dispuestos a sacar el pecho por la revolución e irse a las armas si terminan de perder su cuota de poder. Incluso serían capaces de "caerles a coñazos a los sírfinos (burgueses) y cogérlas las mujeres", según afirman. Son los Hijos de Chávez, entre quienes hay criminales, guerrilleros, asesinos, traficantes y más, arrojados en el calor de la "ideología".

Si ellos, los más radicales, pierden los "derechos" ganados en revolución, no les temblará el pulso para agarrar un arma y ponerse a matar "escuálidos". Más cuando desde el gobierno nacional se promueve el lenguaje belicista y violento de "guapo de barrio". Para muestra, el ministro que con su camisa del Che Guevara y su arma automática en el cinto expropiaba y confiscaba tierras. Chávez lo repitió en varias ocasiones: "Esta es una revolución pacífica, pero armada".

Los posibles escenarios ya están planteados. La élite chavista está jugando a largo plazo. Por ejemplo, el gobernador de Aragua, que fue ministro de interior y justicia de Chávez —al que se le ha vinculado con radicales como los Tupamaros, grupos radicales islámicos de Medio Oriente y con el narcotráfico—, ya estudia con su equipo de trabajo una postulación para las presidenciales. Están en campaña, porque saben que a Maduro no lo quiere ni Cillia.

Hoy el chavismo está debatiéndose y negociando poder entre ministros, diputados y gobernadores. Se está reorganizando. Lo que se presume es que un alto funcionario aún tiene influencia sobre estos grupos que —según dicen las malas lenguas— fueron armados por Chávez. La dirigencia está dispuesta a todo para seguir gobernando. En otras oportunidades lo han demostrado, mandando a los colectivos a atacar a quienes se atreven a protestar. No dan puntada sin dardal, y cuidarán el "legado" del eterno, que es en parte la penetración de criminales revolucionarios en la estructura del Estado venezolano.

"Nos mandarán colectivos para que nos muelan en el hemiciclo", comentaba Henri Ramos, Secretario General de Acción Democrática y diputado electo a la Asamblea Nacional por la oposición. El miedo está latente y las amenazas son claras, en la calle dicen que no los dejarán tomar posesión. Porque la Asamblea es del pueblo. El gobierno riega el veneno a través de los medios públicos: "La oposición llegará al parlamento a quitar planes sociales y a demoler las conquistas de Chávez", dicen. Es el pan nuestro de cada día.

La nueva Asamblea Nacional con mayoría opositora debe tener cuidado si quiere enterrar el "legado" del comandante. Si recurren al cobro de facturas y al revanchismo político; o si promueven una cacería de brujas, practicando la mala política a la que el venezolano está acostumbrado tras diecisiete años de sectarismos, las condiciones estarán dadas para que los Hijos de Chávez inventen una nueva revolución. Napalm. Explosivos. Un escenario digno de guerra civil. Y para esto los verdaderos revolucionarios están preparados. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

NAVIDAD BLANCA

El carruaje había rebasado ya sus fronteras naturales, y volaba raudo hacia regiones incógnitas. Pero Santa no cuestionaba nunca los designios del Gran Jefe. Con una fe libre de objeciones, aceptaba sin chistar sus divinos mandatos. Sabía que Él no puede equivocarse.

Tras apearse del trineo, se vio en un paisaje cercado de cocoteros altos y matas más de plátanos. Era noche cerrada, la luna reinaba en el cielo; hacía una brisa suave, y el mar lamía una playa de arena interminable. Aparte el romper de las olas, el silencio era profundo; si acaso, de pronto, el canto de un alcaraván.

No le sorprendió la súbita aparición del niño, pues la esperaba. No contaría más de siete años, tal vez menos. Surgió de entre las sombras, y sus grandes ojos, muy abiertos, contemplaron con asombro al anciano; pero había más que asombro en aquella mirada. "Ojos de sed", pensó el hombre de rojo.

Avanzó algunos pasos hacia el chico; extendió luego un brazo sobre su cabeza, y con el dedo índice, enhiesto como un timón, trazó un amplio círculo bajo la bóveda de la noche. Un segundo después el cielo se perló de blanco, y espesos copos de nieve empezaron a caer con suaves plops sobre aquella superficie insólita. Poco a poco, el suelo se fue haciendo claro.

Cumplida su misión, Santa montó su trineo, y, azuzando a los renos, se elevó sin mirar atrás. No alcanzó a ver así al niño que, brincando como un poseo, sumido en éxtasis, amasaba entre sus manos aquel maná celeste y se dejaba empapar por su lluvia de fantasía.

Muchos años después, frente a la máquina de escribir, el hombre habría de evocar esa remota noche en que Santa lo llevó a conocer la nieve. Con sabio criterio, cambió la nieve por un rotundo trozo de hielo. Sabía bien que, sobre el papel, la magia tiene sus límites; y no puedes transgredirlos si quieres que te crean.

CODA 1

Dasso Saldívar es el autor de *Viaje a la semilla*, la más completa biografía hasta hoy escrita sobre García Márquez, como es con justicia reconocido aquí y en cualquier lugar del mundo. Pero Saldívar, que no se llama así, y además es paisa —como su nombre lo indica—, se sintió también con arrosos de novelista, y escribió *Los soles de Amalfi*. Empecé a leerla con la normal sospecha de encontrar en ella poco más que un texto epigono. No es así, por fortuna; la poesía y las invenciones de este bello libro no recuerdan para nada las del ilustre biografiado; se bastan a sí mismas, y, de hecho, no se parecen a nada ni a nadie. Una muy grata sorpresa, que poco o ningún comentario mereció. No sé si el señor de Macondo llegó a leerlo.

CODA 2

Arcadia dedica su número de diciembre a Barranquilla, o mejor a las personas que ejercieron o ejercen en ella la cultura. Todo es destacable, pero se recomienda la semblanza de Ida Esbra, fotógrafa holandesa que sentó reales en La Arenosa, y cuya obra ignoramos los cachacos. Sabemos ahora que parte de su trabajo, por donación de la familia Friedemann, se conserva hoy en los archivos de la Luis Ángel Arango; ojalá alguna vez se vuelva libro. De la escasísima muestra que ofrece *Arcadia*, habría que destacar *Triple*, foto de 1977 que parece tomada ayer. El porqué, lo sabrá quien la viere. ☹

Feliz navidad y un 2016
lleno de momentos especiales
y experiencias únicas

Cohete.net

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



Delegación Cuauhtémoc

Colonia Roma

Calle Medellín



Cuando entré al mercado Medellín, en la Colonia Roma de la Ciudad de México, lo primero que vi fue una enorme bandera de Colombia que brillaba con un escudo bordado en el centro. Más allá, un puesto multicolor donde colgaba un racimo de plátano verde y había pilas de yuca, pequeñas pirámides de lulo y maracuyá, bolsas de achiras, películas colombianas piratas, arepas, papa criolla y aguardiente antioqueño. Me atendió un señor de gafas que vestía orgulloso una ceñida camiseta de la selección Colombia y un sombrero vuelaio. Me dio su tarjeta personal, que en medio de las banderas de Colombia, Venezuela, Brasil, Perú y Cuba decía: Atención Personal de su Paisa Alfonso (Mi confianza está en Dios). “Aquí me tumbaron”, pensé resignado.

La Calle Medellín de la ciudad de México limita al norte con la Calle Cuauhtémoc, al occidente con Pollos Mario, al oriente con el Mercado Medellín y al sur con la Calle Amores. Queda en la Colonia Roma, en medio de este monstruo acéfalo de veinticuatro millones de habitantes que es el Distrito Federal de México. La ciudad se divide en delegaciones y estas a su vez en colonias; las calles de la Colonia Roma tienen nombres de ciudades y estados mexicanos: Durango, Colima, Querétaro, Tabasco, Sinaloa, Puebla y Medellín, entre muchas más.

En el estado de Veracruz existe una pequeña población conocida antiguamente como Medellín de Bravo, originalmente llamada Tecamachalco, su nombre náhuatl, que significa “en la quijada de la piedra”. Es un pequeño poblado que no llega a los sesenta mil habitantes y que se fundó en 1523 por orden de Hernán Cortés, con el fin de recordar su querida y natal Medellín, en Extremadura, España. Ya ven, Medellín es cuna de gente “divinamente”.

La Calle Medellín atraviesa la Colonia Roma, unos cinco kilómetros que aún dejan ver los años maravillosos que algún día vivió el barrio. La Roma fue fundada a principios del siglo pasado por iniciativa del presidente Porfirio Díaz, quien en busca de la expansión de la incipiente ciudad concedió las llamadas sociedades de inversión, que con ayuda del capital extranjero dieron origen al fraccionamiento y el veloz crecimiento de la ciudad. El trazo urbano de sus calles fue autorizado en 1902 por el británico Edward Walter Orrin, un empresario cicense, quien solicitó permiso al ayuntamiento para fraccionar los terrenos aledaños al antiguo pueblo de Romita, y nombró sus calles con los nombres de las ciudades y estados que había visitado con su circo.

Para los años treinta del siglo pasado la colonia era el barrio más elegante de Ciudad de México, y en sus palacetes feudales vivían los más adinerados ciudadanos. Ocupado inicialmente por la comunidad judía y libanesa, el barrio comenzó a crecer con la influencia europea

de la época y aún se ven bellas casas con una mixtura de estilos arquitectónicos: del gótico al árabe, del italiano al francés y del *art nouveau* al *art déco*.

En muchas de sus calles se filmaron clásicos del cine mexicano —la adaptación de la novela *Las batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco, titulada *Mariana, Mariana* (1987)—, y otras cintas de la edad de oro como *El gran calavera* (1949), *Una familia de tantas* (1948) de Alejandro Galindo o *Los olvidados* (1950) de Luis Buñuel.

En el terremoto de 1985 el barrio fue uno de los más afectados y tuvo una breve etapa de deterioro y abandono, pero luego de unos años la Roma retomó su crecimiento y pasó rápidamente de *hippie* a *hipster*, llenándose de restaurantes, bares, boutiques, pulquerías y garitos de todo tipo.

La Calle Medellín comienza en la Plaza Villa Madrid —una glorieta donde confluyen las calles Oaxaca, Yucatán, El Oro, Durango y Medellín—, en cuyo centro hay una réplica exacta de la fuente de Las Cibeles de Madrid, un homenaje de la comunidad española en el Distrito Federal, gesto de gratitud con la ciudad que recibió a un buen número de inmigrantes durante la Guerra Civil Española.

Después de Las Cibeles, la Calle Medellín avanza tranquila entre las antiguas casas que dieron inicio al barrio, con grandes árboles y con algunos puestos de tacos callejeros y ventas de jugo en las esquinas, hasta que un par de cuadras más adelante se encuentra con la calle Alvaro Obregón, militar y político que fue presidente de México de 1920 a 1924. Unos cien metros después, la Calle Medellín es cortada por la Avenida Insurgentes, uno de los ejes viales que recorre la ciudad por más de treinta kilómetros de norte a sur, y por donde circula el servicio de Metrobús. Pasando Insurgentes, la Calle Medellín toma bríos y pasa a tener cuatro carriles. En esa esquina de Medellín con la Calle Querétaro se reunió la colonia colombiana durante el pasado Mundial de Brasil a celebrar el triunfo sobre Uruguay: unos trescientos colombianos, armados de cajas de Maizena y de aguardiente, crearon tal caos que clausuraron los cuatro carriles.

En esta parte de la Calle Medellín es común que se encuentre la colonia colombiana, pues en tan solo quinientos metros está buena parte de la gastronomía colombiana del DF: en la esquina con Tapachula está el mítico Pollos Mario; cincuenta metros adelante, en el costado del frente, el restaurante Dulce Jesús mío; luego, ahí cerquita, está Ciénaga; y una calle más adelante, pasando Coahuila, está Macondo, el restaurante que cierra el circuito.

Todos decorados de manera muy semejante, este tiene una foto del Puebloito Paisa, aquel la bandera tricolor que ondea en su puerta, el de más allá la reproducción desteñida de una obra de Botero. Pero nadie repara en la decoración, la concentración está claramente

por JAVIER MEJÍA

Fotografías por el autor

enfocada en la comida, no en las pupilas sino en las papilas: bandeja paisa, mondongo, sobrebarriga, almojábanas, buñuelos, chicharrón, morcilla, sancocho... El menú que todo colombiano, tarde o temprano elegirá.

Se calcula que en Ciudad de México hay más de quince mil colombianos —unos setenta mil en todo el país—, lo que la convierte en la cuarta comunidad extranjera y la más grande de Sudamérica en la ciudad. Así que los fines de semana, en la Calle Medellín se mezclan los acentos de todo el país, buscando un poco de Colombia en la comida: las manos tiemblan ante un chicharrón, los rostros palidecen al ver una mazamorra, lagrimean los ojos ante un jugo de lulo.

Luego de esta milla de oro gastronómica, la calle guarda una última sorpresa, el Mercado Medellín. Ubicado en la esquina de las calles Medellín y Campeche, el mercado oficialmente está registrado como Mercado Melchor Ocampo, pero a pesar del letrero que lo recuerda, nadie más le llama así. El Mercado Medellín tiene más de cien años de historia y más de quinientos locales de las más distintas pelambres: carnicerías, puestos de plantas y flores, decoración y piñatas en general, cevicherías, puestos de especias y restaurantes. Inicialmente fue ocupado sobre todo por la comunidad judía, pero con la llegada de cubanos, colombianos, argentinos y venezolanos a la zona, comenzó a mutar hasta convertirse en el sitio que abastece cualquier antojo latinoamericano; tanto así, que los carniceros saben diferenciar los cortes de un país a otro y no tienen problema de pasar de un kilo de bistec a tres libras de bife de chorizo o dos kilos de posta.

Es extraña la sensación de caminar por la Calle Medellín. Tal vez caminar por ella sea una manera de sentirme cerca de mi ciudad. Luego del mercado, la calle se extiende otro poco, no mucho, hasta cruzarse con el viaducto Miguel Alemán, quien fue presidente de 1946 a 1952 y quien se conoció como ‘Mister Amigo’. Es una vía que atraviesa la ciudad de oriente a occidente y da límites a la Colonia Roma. La Calle Medellín muere pocos metros después y se convierte en la Calle Amores; es curioso, me recuerda a “Amor por Medellín”, esa campaña de hace años que buscaba elevar aún más la autoestima de la ciudad. Lástima que luego un grupo de limpieza social también tomara ese nombre.

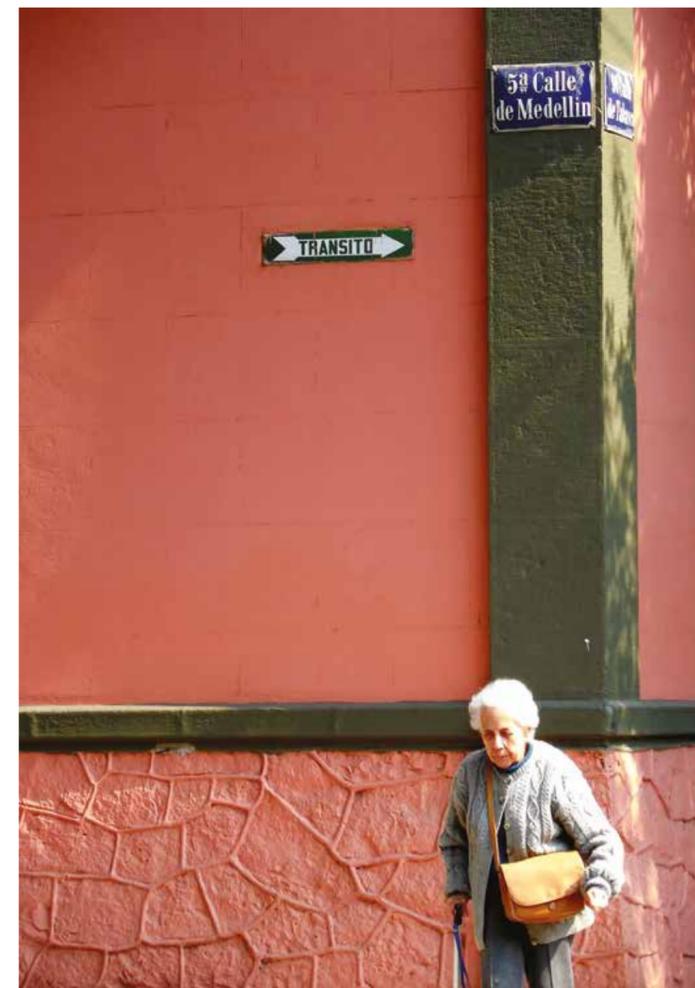
Don Alfonso, luego de darme amablemente su tarjeta, se ajustó el sombrero y se fue a atender a un cliente. Lo oí hablar y su acento me sorprendió, era completamente mexicano y me acerqué a preguntarle:

—Ve paisa, ¿vos cuantos años llevás viviendo acá?

—No güey, yo soy mexicano, pero hace años conocí Medellín, y para lo que necesite, cuente con la atención personal de su paisa, mi confianza está en Dios.

Me dio la mano y se fue a atender a un paisa de verdad, y de eso estoy seguro porque le pregunté:

—Oí bacán, ¿será que vos de casualidad tenés Yodora? ☺



Domingo con Simonetta y chocolate



por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Ilustración: Elizabeth Builes

Lo despertaron el aroma del chocolate y la voz de su madre dando órdenes en la cocina. Las imágenes de ese día pasaban por su mente como un viejo video familiar y podía ver al padre con la raída bata, sentado en el balcón disfrutando la lectura del periódico. Era domingo afuera y domingo en su corazón. Cuando abrió los ojos, la hermosa mañana se filtraba por entre las ranuras de las persianas. No podía creer lo que veía. Cerró nuevamente los ojos y pellizó las partes más sensibles de su cuerpo. El dolor era tan cierto como la muchacha que yacía a su lado. Estuvo un rato contemplándola, y para no sucumbir al deseo de tocarla se metió al baño, se desnudó y dejó que el agua fría cayera como cascada sobre su cuerpo. “Ahora me voy a despertar –pensó– y bajaré a tomar el desayuno”. Pero no despertó. Alguien del otro lado de la puerta sí había despertado y llamaba: “¡Amor!”. Él abrió nuevamente la ducha y otra cascada cayó sobre su cuerpo ahogando la voz del otro lado de la puerta. La palabra amor fue una fatiga en la boca del estómago, luego un eco de campanas retumbando en la cabeza y finalmente música en el corazón. “¡Dios mío! –exclamó– es Simonetta... No es posible”. Cuando salió del baño, Simonetta miraba por la pequeña ventana que daba al jardín. Estaba vestida de primavera, tal como la había pintado Sandro Botticelli. Él se acercó a ella y la estrechó en sus brazos. Ella murmuró algo, pero él no escuchó. Solo pensaba cómo diablos iba a justificar ante su madre los dos desayunos que inevitablemente tendría que subir a la habitación. ☺



Un regalo del Niño Dios

por SILVIA CÓRDOBA

Fotografía: Archivo familiar

Durante varios años el Niño Dios nos puso a decidir a los tres hermanos qué queríamos que nos trajera, lo importante era que el regalo fuera para la finca, pues allá era donde pasábamos diciembre y enero y esa era la dirección que él conocía. La primera elección fue entre una casita de muñecas y unos columpios, y como éramos dos niñas, ganó la casita. La siguiente navidad llegaron los columpios como el pago de una deuda adquirida con mi hermano. Luego, tuvimos que escoger entre diferentes animales para tener una mascota. Ganó Campanita, una oveja.

Campanita aprendió a vivir amarrada a un lazo muy, muy largo que la hacía parecer libre y le permitía caminar por la finca. Además, cada tanto mi papá la movía de un árbol para otro, de modo que ella ayudaba a podar la hierba y a abonarlo todo con sus bolitas de popó. Cuando estábamos en la finca madrugábamos a saludarla y a jugar con ella, con las limitaciones que trae jugar con una oveja. Lo que más recuerdo es que le llevaba de regalo flores amarillas de diente de león, que eran sus favoritas, y cuando me acercaba con ellas, sonaba la campana que tenía amarrada al cuello mientras corría hacia mí para arrancármelas de la mano.

Una noche, cuando ya era una oveja adulta y gorda, me despertaron los ladridos de los perros vecinos con más intensidad que siempre, y por un instante, a lo lejos, escuché también el sonido de la campana y el balar de la oveja. Luego oí algunos llantos de perros y gritos de humanos. Durante un rato largo me quedé paralizada en la cama, temblando de miedo en la oscuridad, hasta que oí la voz de mi papá dentro de la casa. Me levanté asustada y lo vi a él, con un bate de béisbol ensangrentado entre las manos, furioso y derrotado por una jauría que no soportó más tiempo a esa oveja mimada, bien alimentada y amarrada solo con un lazo que caminaba tranquila por esa finca donde el Niño Dios traía ovejas como mascotas en lugar de perritos. Al año siguiente estrenamos bicicleta. ☺

MDE15 HISTORIAS LOCALES/ PRÁCTICAS GLOBALES ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ARTE DE MEDELLÍN

Camilo Restrepo (Colombia - 1973) / Bowling for Medellín #1 (fragmento), 2015. Cebuja, 620 x 210 cm.



Medellín tiene una historia, el arte la cuenta a su manera.

Visita el mundo, ven al MDE15



Una **buena** decisión es **desconectar** el árbol antes de ir a dormir



Ahorrando agua y energía seguiremos disfrutando lo mejor de la Navidad.

epm[®]
estamos ahí.

Desafiando el milagro



Era la década del noventa y Medellín hervía. El fuego que cocinaba la ciudad era atizado por narcos, guerrilleros, paras y delincuentes comunes. Todos tras las mieles de una actividad que generaba grandes dividendos. Las balas reventaban el aire y atravesaban la ciudad. Sus habitantes podían ver cómo se inscribía en sus frentes, con letra mayúscula y en negrilla, un rótulo que los mostraba como los pobladores de "la ciudad más violenta del mundo". El estigma se volvió condena. Además de ser su lugar de origen pasó a ser la sala de velación de sus sueños. Las bombas del narcotráfico estallaban en las zonas céntricas como parte

del espectáculo. En la periferia la guerra era más anónima. Sus muertos no eran dignos de los periódicos. Las comunas 1, 2, y 13 estaban en la lista de las zonas rojas. En medio de grandes batallas apareció un ser pequeño de nombre Raúl. Tenía trece años y vivía en Granizal, en la zona nororiental de Medellín. Nació a los cinco meses de gestación y, aferrado a la vida, terminó de fabricarse en el pecho de su madre canguro. En el bachillerato, mientras todos se estiraban, Raúl se encogía. Cuando estaba en octavo jamás se quedaba quieto. Entre su rutina estaba jalar orejas, eructar, lanzar borradores asesinos y pegar chicles en las cabelleras de las niñas.

Como su profe, yo le decía: "Vos lo que tenés de chiquito, lo tenés de canción". Acto seguido sus compañeros afirmaban. "No profe, lo que tiene de chiquito lo tiene de güelengue". Raúl dedicaba sus días a molestar a sus compañeros, a fumar marihuana y, si de pronto le quedaba un tiempito libre, a estudiar.

Cuando me di cuenta de sus andanzas llamé a su mamá. Al enterarla de la situación, Raúl, que ya era alias 'El Piojo', le dijo: "Relájese cucha, desestrésese que la marimba no hace daño". Y entre la cantaleta dejaba clara su versión: "No se preocupe cucha que cuando yo esté más grande a mí me va a alcanzar pa sostenerla a usted y a la 'mata que mata'".

En los descansos me le acercaba a darle consejos: "Vea Raúl, usted es un milagro de la naturaleza. En el mundo pocos pueden contar ese cuento. Cuando naciste, todavía eras un gusano. Agradecé eso, no te tirés en tu vida por el vicio". Él se reía y me contestaba: "Desestrésese profe, que yo la controlo". Ese era el caballito de batalla de él y de muchos de sus compañeros.

El Piojo se concentró en encogerse y meter todo lo que le cabía en su boca y su nariz. Vendía el refrigerio: "Pillen muchachos, les tengo la lechita, el pastel y la naranja en quinientos. Aprovechen que estoy botado". Llaveros, audífonos, diccionarios y lapiceros empezaron a ser inventario de su improvisado almacén.

Cuando lo veía, lo molestaba: "Dejá de ser tan vicioso que a vos es esa marihuana la que no te deja crecer".

En noveno ingresó a 'Los Lampiños', una banda emergente en el barrio Granizal. Chiquito y todo, podía sostener un arma en la mano, brincando como un grillo por todos los callejones del sector.

La droga que "controlaba" se hizo más habitual. Empezó a impactar su espíritu y su apariencia. Le hundió los pómulos, le puso los labios negros y les dio una mirada perdida a sus ojos color ratón. Sus ausencias en el aula empezaron a ser cotidianas. Los profesores lo extrañábamos a él y a sus compañeros de faenas. A 'Moco Eterno', por ejemplo, su asistente, quien le ayudaba a guardar lo que se robaba.

En Los Lampiños empezó a imperar un mandato: "Queda prohibido el vicio". Por eso, agarrado por los tentáculos de la guerra y la droga, decidió irse a las filas del bando contrario. Allí trabarse era un punto obligado en la agenda. Esos tentáculos lo tenían atrapado. Había territorios vedados, mundos que se reducían a una cuadra. Muchos sueños puestos en un 38.

Mientras Medellín seguía hirviendo, El Piojo seguía encogiéndose. El gobierno ensayaba estrategias para negociar con el narcotráfico, pero en las calles la muerte se volvía innegociable. En los callejones, parques y cañadas diariamente aparecían jóvenes que no llegaban a los veinticinco años y que sabían que su destino era el plomo y el olvido.

por GILMA MONTOYA

Ilustración: Titania Mejía

Raúl recorría el barrio levitando. Su vuelo era impulsado por alas invisibles, no tenidas en cuenta por la geografía. Allí arriba se veía a El Piojo, con los ojos puestos en todas partes y en ninguna. Coqueteaba a las niñas con una mano y a la guerra con la otra. Poco se le volvió a ver por el colegio. Iba cuando no había a quién matar en la calle, o cuando no había qué fumar o se escondían los parceros para molestar.

Una mañana se enteró de que un petardo había explotado en su casa. Los Lampiños no le perdonaron haberse ido a dar bala en la banda enemiga. Sus familiares salieron despavoridos. Se fueron a vivir a la Comuna 13. Allí, otros personajes distintos, y al final iguales, se dedicaban al juego macabro de la violencia.

El Piojo no podía acompañarlos. Sabía que desertar por segunda vez era ponerse la lápida encima. Su mente la retrataba: "Aquí yace El Piojo, el plaga, el gusano y desestresado". Viéndolo bien, mantenerse en ese lugar no era tan malo. Había armas, plata, niñas, mecha, perico y marihuana. Muucha marihuana.

Meses más tarde, contra todos los pronósticos, creció. La mata que "no lo mató" pareció servirle de vitamina y lo dejó en una posición donde podía coger con más confianza un arma y una mujer. Ya era objetivo militar de las nenas del sector, todas querían estar con él. Entre más degenerado, más atractivo se hacía. Además, ya no era pequeño, la afortunada ya no se arriesgaba a ser llamada 'La Pioja'.

Un día lo vi sentado en una acera, fumándose un pucho como de tres metros, y me llamó: "Entonces qué pioja, salude al que no iba a crecer". Y soltó su inolvidable carcajada de niño.

En la cotidianidad de la guerra, una tarde Raúl le prestó su arma a un compañero para hacer una vuelta y el hombre no se la devolvió. Cuando el jefe se dio cuenta le dio dos días para conseguir el millón que costaba. Como era imposible pagarlo, no tuvo otra opción que volarse y buscar refugio en la Comuna 13, donde vivía su familia. No llegó solo, a su lado venía la nena de dieciséis años que logró cazarlo, con una "piojita" de tres meses en su barriga.

Viviendo de nuevo en el barrio, me lo encontraba con frecuencia. Aseguraba que necesitó más cojones para conseguir trabajo y depender de un mínimo que para coger un arma. Repartir ese salario para sus recién adquiridas obligaciones y su infaltable dosis de marihuana era para valientes. Una vez que lo vi, acababa de dejar a la niña en la guardería. Ella tenía cuatro años y la estatura que él tenía a los ocho.

Le pregunté por su vida y sus negocios. Quería saber si ya tenía un cultivo en el patio. Con su risa juguetona, me contó que un día llegó todo trabado a la casa y le iba a dar un beso a la niña cuando ella lo apartó: "Gas. No me vuelva a besar que usted huele a aguardiente podrido", le dijo. Nunca más volvió a fumar marihuana. Por un beso de lo que más quería, era capaz de tirar un laboratorio entero.

La última vez que vi al Piojo iba montado en una AKT, sonriendo. Cuando me vio me gritó: "Pille pues profe que no solo se le creció, sino que se le ajució el enano". Detrás de él pude ver la guerra extendiendo sus tentáculos. Agitada y rabiosa, miraba decepcionada a El Piojo que escapaba milagrosamente. ☹

Crónica ganadora del concurso de medios de comunicación del convenio Cátedra Comuna 13 convocado por la Corporación Comunicación Siglo XXI.

* Algunos nombres fueron cambiados por seguridad.

El Túnel
Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

lenteja express
Hamburgueseria vegetariana.

CUANTAS VECES TE ALIMENTAS BIEN?

Laureles: circ. 74b #39b-122.
Parque deseos: calle 71 #52-34.
Poblado: carrera 35 #8a-76.

310-8434059

siguenos

En el Parque de los Deseos existe un planeta (Kaldi) y es delicioso ...

Empanada Argentina Pascualinas

Almuerzo sano, natural en la sede del Planetario

Visitanos: **Planetario de Medellín**, entrada principal
Tel: 263 2511 / Repostería y panadería natural, cafés de origen.

Carlos E Restrepo / Tel: 260 1355 calle 53 # 64A 31

Kaldi Kaffo

sabor a trigo y aroma de café

el Alemán Pues
Restaurante & Cervecería

Abierto los domingos

VISA MasterCard Maestro

El Poblado Cra. 43B No. 11-76 Manila. Tel: 268 4420

Una prendería en Aranjuez puede ser el origen del gran panal de sicarios en la Medellín de los ochentas. Un loco que se da contra las paredes resulta ser uno de los grandes enemigos del Estado. Un Renault 12 es el carro de rondas del capo de capos. Quienes crecieron en la cuadra donde se criaron Los Priscos no necesitaban tomar nota. Solo tener un poco de suerte. Fragmentos de una novela de memorias de una infancia aturdida.

Los Priscos

por GÍLMER MESA

Fotografías: Juan Fernando Ospina

A Los Priscos los conocí, lo que se dice conocer, es decir, ser presentado a ellos por mi hermano y que ellos me reconocieran, ya viejos y patrones y solo alcancé a tratarlos de lejos y poco tiempo, porque ambos fueron asesinados el mismo día a escasos meses de la presentación, pero desde niño su figura e imponencia marcaron cada uno de los días en la cuadra, eran una especie de caudillos que presidían cualquier evento, desde un matrimonio hasta una entrega de trofeos en un torneo de fútbol callejero, ellos eran los primeros en ser invitados y en recibir atenciones de toda la gente desde los comerciantes hasta el cura, su influencia e importancia en el barrio fue tal que los relatos sobre ellos y sus hazañas sobrevivieron a su deceso, en boca de todos los vecinos, y me permitieron reconstruir la historia de su ascenso al poder como sigue.

Los dos hijos mayores David Ricardo y Armando Alberto se llevaban escasamente un año de diferencia y ambos eran los cabezales de una familia de clase baja que había emigrado a Medellín por el exceso de violencia en el pueblo de San Rafael de donde eran oriundos los padres, los dos nacieron en la ciudad porque sus padres al casarse decidieron abandonar su terruño y venirse a probar suerte a la capital, así fue como arribaron al barrio Aranjuez en una época en que este apenas se estaba construyendo y conservaba mucho de pueblo en su topografía y costumbres, eran una estirpe numerosa como la mayoría de familias de la época, a estos dos mayores les seguían Amelia, Belinda, Conrado, Diego, Luisa, Laura y Ana María, todos muy pobres pero alegres, trabajadores y temerosos de Dios. Llegaron a este barrio porque antes que ellos un hermano de doña Leticia, la madre, se había instalado aquí y les había dicho que era un lugar tranquilo, como en efecto lo era, no muy alejado del centro de la ciudad y con posibilidades de trabajo en la extracción de arena en el río Medellín, por eso no llegaron del todo como extraños al barrio, sino que tuvieron quien los recibiera y les diera albergue mientras se instalaban, al fin y al cabo eran una pareja de recién casados, la estadía en casa del cuñado duró poco tiempo porque don José Ricardo a los tres días de llegar a la ciudad ya estaba con el agua hasta las rodillas y la pala en la mano sacando arena del río para vender, con lo obtenido en ese primer mes de trabajo alquiló una picieca en la cuadra a donde se trasladó con su mujer y de la cual sería finalmente el propietario después de muchos años de trabajo y ahorro sin tregua, ahí nacerían sus nueve hijos y ahí los levantaría y permanecerían hasta que los dos mayores, convertidos en

líderes de una banda de sicarios, secuestradores y ladrones al servicio del Cartel, les compraron una mansión en un barrio de ricos y los obligaron a trasladarse a ella entre reproches de la mamá y putazos del papá por el trasteo.

A la instalación de don José Ricardo y doña Leticia en la cuadra siguió la de otros familiares, hermanos, primos y sobrinos que traían o tuvieron en la cuadra a su prole, dado lo cual en pocos años el sitio estuvo habitado casi en su totalidad por un inmenso clan familiar, de ahí que el combo de Los Priscos no fuera como otros combos de la ciudad que necesitaron irse formando, este ya estaba formado de antemano por los mismos miembros del linaje de los cuales Ricardo por ser el mayor y el más vivo fue siempre su líder natural, el combo se iría a completar con los amiguitos de infancia que también por reflejo obedecían y veneraban a Ricardo con devoción de apóstoles.

[...] Estos dos hermanos se criaron a la par casi como un par de gemelos, además de que a medida que iban creciendo iba incrementándose su parecido físico al punto de que para la edad de diez años eran prácticamente indistinguibles, pero a pesar de su semejanza física desde la infancia se notó una marcada diferencia en su carácter que llegó a ser antagónica en algunos momentos álgidos de sus vidas y carreras, mientras que Ricardo demostraba una inteligencia a toda prueba que se manifestaba en la creatividad y desenvolvimiento con que afrontaba cada cosa desde los deberes de la escuela hasta las funciones hogareñas, el otro, Armando, era rematadamente bruto y violento, ante la imposibilidad de esgrimir argumentos en sus discusiones en la escuela siempre recurría a los puñetazos, por lo cual fue expulsado a los doce años después de repetir los grados tercero y cuarto por malas calificaciones y una pésima disciplina, dando fin así a su preparación académica e inicio a una vida laboral como arenero al lado de su padre que duraría apenas unos meses, hasta que empezó su trepidante recorrido criminal de la mano de su hermano mayor, además tenía serios problemas de ira que lo hacían presa de unas "rabia malas", ante el menor estímulo realmente se enloquecía y en su impotencia se daba cabezazos contra las paredes o se mordía los reveses de las manos hasta que sangraba, por estos ataques desde muy joven se ganó el sobrenombre de 'Manicomio'.

[...] La llegada de los hermanos al crimen se dio casi naturalmente y a muy corta edad, doce y once años respectivamente, y consistió en el robo y posterior venta de una máquina de escribir de la escuela donde estudiaban, Ricardo había observado que la secretaria de la escuela salía a almorzar al mediodía

y dejaba abierta y sin custodia la oficina con la máquina de escribir y regresaba faltando un cuarto para la una de la tarde antes de la salida de los estudiantes, lo que le daba un margen de 45 minutos para realizar el ilícito, pero tenía un problema y era que durante ese tiempo estaban en clase y no se podían ausentar sin levantar sospechas, por eso se ingenió un plan que consistía en fingir un ataque de epilepsia de su hermano a las doce del día, lo que lo conduciría inmediatamente a la enfermería que quedaba contigua a la oficina de la secretaria, donde después de unos minutos y por estar tan cerca la hora de salida no llamarían a sus padres sino que lo mandarían llamar a él para que lo acompañara a la casa y así cuando llegara a la enfermería su hermano fingiría una réplica del ataque y en la confusión él se las arreglaría para rapar la máquina y meterla en la maleta, después tomaría a su afectado hermano que se haría el mareado y en su pesadade posataque descargaría todo el peso de su cuerpo en el hombro donde Ricardo tenía el morral disimulando con esto el peso del artefacto y evitando la requisita de las maletas que hacía el portero a la salida de la escuela, el proyecto se desarrolló a pedir de boca y todo resultó como se lo habían imaginado, a la vuelta de la escuela y ya libres del fingimiento desembolsaron entre risas el botín, decidieron que lo mejor sería empuñar la máquina y no venderla porque la venta implicaba explicaciones incómodas sobre cómo la habían adquirido, se dirigieron a la prendería del parque de Aranjuez y allí conocieron a un personaje que sería determinante en este, su nuevo y próspero oficio, se llamaba Manuel pero todo el mundo lo conocía como Paco, era el dueño de la prendería y un embaucador de mil demonios, que apenas vio a los dos niños con una máquina de escribir prácticamente nueva y en semejante apuro por empuñarla entendió lo que había ocurrido y tratando de sacar ventaja les dijo:

—Vean muchachos, para poder tomar esa prenda por dinero necesitan tener cédula para respaldar el canje, entonces vayan y le dicen a su papá que venga él a empuñarla o si es mucho el afán, aquí entre nosotros yo se las puedo comprar y no le decimos a nadie nada.

Los noveles ladrones no tuvieron más opción que aceptar el acuerdo con las condiciones desventajosas que el otro les proponía, pero encontraron algo mejor que el dinero en esta primera transacción y fue al auspiciador, alcahueta y comprador para posteriores trabajos porque el trato se cerró con la propuesta de Paco al decirles:

—A ver muchachos, si ustedes tienen la berraquera para seguir consiguiendo cositas como esta, vienen donde mí y yo se las compro sin decirle a nadie y sin preguntar nada, solo entre ustedes y yo.

Ricardo fue el que habló para responderle.

—Listo, don Paco, cuente con eso que por aquí nos vamos a seguir viendo —y salieron de allí más contentos por el contacto que por el mismo dinero, el cual repartieron por mitades.

[...] En poco menos de dos años el combo estaba conformado como tal y trabajando cada vez más en grande y en serio, de los primeros robos de cositas domésticas y salarios de trabajadores pasaron rápidamente, requeridos por don Paco, al robo de motos y automóviles, los primeros escamoteos los hicieron en los barrios de ricos de la ciudad y con fierros prestados por el mismo comprador, pero pronto Ricardo le dijo a don Paco que les pagara lo hurtado con las armas, así fue como se agenciaron las primeras herramientas para los delitos, que a partir de ese momento tendrían unas condiciones diferentes de transacción, con cada nuevo encargo se incrementaba el inventario



María Auxiliadora ubicada en la 94 con 51B, conocida como la Virgen de Los Priscos.

de armas y crecía el patrimonio, lo que mantenía contentos a todos los muchachos y muy satisfecho a don Paco, que vio en este combo la oportunidad perfecta para desarrollar su actividad ilícita y expandir su negocio ilegal de forma insospechada, en poco tiempo llegó a ser el dueño del taller de partes de autos y motos robadas más grande de la localidad, a pesar de que todo el mundo sabía de dónde salía la mercancía, en esta ciudad alcahueta el delito ha sido siempre solventado y patrocinado más por las gentes que se dicen de bien que por los mismos delincuentes, quienes solo son la cara visible del crimen.

[...] Hay personas que decididamente nacen para mandar, que no necesitan hacer ningún esfuerzo ni ejercer ningún tipo de violencia para conquistar la obediencia de los demás, quienes gustosos se transforman en subalternos, una de estas personas fue Ricardo, desde su niñez las cosas que decía o proponía las cumplían los demás con

celeridad y ánimo, pero tenía tal autoridad y una viveza tan suave y discreta en sus maneras que las órdenes que daba no parecían tales, si a esto le sumamos una denotada inteligencia era natural que fuera el líder nato del combo en formación, pero su carácter también tenía un rasgo de soberbia que aunque camuflado en su buen trato con los demás no dejaba de emerger de cuando en cuando para hacerle prácticamente imposible obedecer a otra persona que no fuera él mismo o cumplir órdenes de alguien que él considerara inferior en agudeza y audacia, por eso la relación con las personas que le encomendaban trabajos o tareas siempre fue de iguales, de socios, pues nunca aceptó que alguien fuera su jefe, a menudo repetía:

—Ome, si me metí a esta vida fue para nunca tenerle que trabajar a nadie, para no tener un puto jefe que me esté mandando, ni un malparido horario que cumplirle a nadie.

Esta fue la causa primordial para que la relación laboral con don Paco se empezara a resquebrajar, cuando este último apurado y desesperado por la inminente quiebra a la que se estaba viendo abocado por el menoscabo del dinero que la pérdida del taller y el soborno se negó a pagarle a Ricardo por el asesinato del sapo, poniéndole plazos y entorpeciendo el desembolso con disculpas y justificaciones, Ricardo por una cuestión de amistad y solidaridad en los momentos malos admitió en principio las prórrogas y apaciguó a sus trabajadores sacando plata de su propio peculio para solventar la deuda, a medida que pasaba el tiempo las excusas se hacían más absurdas y el dinero no aparecía, la situación se habría podido manejar de alguna manera, empero don Paco cometió el error más costoso de su vida, no solo no retribuía lo adeudado a Ricardo sino que ante la insistencia de este y la presión de sus otros acreedores le dijo casi ordenándole que tenía que robarse más carros y más motos para volver

a parar el negocio y que los necesitaba para ya, Prisco le dijo que ni él ni su combo trabajaban gratis, que sin billete no había trato, que le pagara primero lo que le debía y que después ahí sí hablaban, don Paco vio en esta negativa un símbolo de desobediencia y creyendo que por haber sido el comprador de los robos del combo durante años tenía poder de mando y que le debían sumisión, se montó en el papel de patrón e increpó a Ricardo diciéndole:

—Vea Richie, yo no le estoy pidiendo un favor, le estoy dando es una orden, necesito diez motos DT y tres carros para pasado mañana a más tardar que ya los tengo vendidos, y por la plata del chulo no se la voy a poder dar hasta después de que camellen mucho rato y nos paremos, no me acose, no sea cabrón, que si no fuera por mí, ustedes no serían nadie, un combito de gamines, ladroncitos y mariguaneros de esquina sin futuro, si son respetados hoy en día es por mí, así que no sea hijeputa y dígame a esos mariconcitos que usted tiene trabajando que quiubo pues que es para ya que necesito ese encargo.

Ricardo escuchó en silencio la retahíla de improperios remascando cada palabra con el odio del verdugo que acaba de condenar a muerte a alguien, y pausadamente le contestó con ironía: —Listo patrón, a más tardar para pasado mañana los tiene, me voy a preparar la vuelta —y salió con rumbo a la cuadra, al llegar mandó a Armando a que llamara a todo el combo, una vez reunidos les informó la situación y les comunicó que para el otro día a las diez de la mañana don Paco tenía que estar muerto, por faltón y sobre todo por atrevido, que el trabajo lo iban a hacer La Mojarra y Coke que eran los menos conocidos, que se desplazaran en una moto y desde ahí le dispararan y que si se podía luego se bajaran de la moto y lo remataran. A las 8 y 45 de la mañana del siguiente día Manuel Arango alias don Paco fue impactado por doce tiros

de 38 a la salida de su casa, quedó tendido en la acera en medio de un caudaloso charco de sangre y perdió la vida en el instante. Desde ese momento el combo de Los Priscos liderado por Ricardo empezó una carrera en solitario, sin mecenas ni auspiciadores, trabajando para el mejor postor en calidad de contratistas hasta que unos poquitos años después apareció el único hombre al que Ricardo respetó e incluso en algunos cuantos casos obedeció como patrono, el jefe máximo del Cartel de Medellín.

[...] El Patrón decidió visitar a Ricardo en su fortín de la cuadra. Llegó discretamente un domingo cualquiera de mayo como a las cuatro de la tarde conduciendo un taxi Renault 12 y escoltado únicamente por dos guardaespaldas, El Arete y otro joven apodado Popeye, así era como acostumbraba movilizarse para no levantar sospechas y pasar desapercibido en una ciudad que cada vez le pertenecía más y en la cual era el desconocido más famoso de todos los tiempos, todo el mundo sabía quién era, en todo momento se hablaba de él y sus fechorías pero casi nadie lo conocía personalmente, esto lo mantuvo a salvo durante mucho tiempo y pudo desplazarse por todo el territorio sin demasiados recelos, amparado por su propia forma de ser, sencilla y humilde a pesar del poder y los millones que tenía, nunca se dejó seducir por la ostentación fácil y mostrenca en la que cayeron la mayoría de sus colegas y que a la final fue su perdición, nadie esperaba semejante visita en la cuadra salvo Ricardo que sabía que sus palabras habían cautivado al jefe de jefes tanto o más que a El Arete y que si el patrón había sabido comprenderlas tendrían dos opciones, o ser atacado inmisericordemente o haber despertado al menos un poco de curiosidad en el hombre que tenía de rodillas a todo un país, así que cuando Armando entró presuroso a la casa que servía de oficina al parche y le comunicó que El Arete estaba afuera



Esquina de la 94 con 51B, conocida como la cuadra de Los Priscos.

con un muchacho flaco y con un hombre robusto que cargaba una Prieto Beretta en la cintura, a la vista de todo el mundo, y que pedían hablar con él urgentemente, supo que el hombre de la pistola era el propio jefe y a qué venía, se alegró pero no dejó traslucir su satisfacción, le dijo a su hermano que los dejara pasar, que les ofreciera lo que quisieran tomar y que luego los dejaran solos a él y al hombre robusto, así se hizo, la reunión tardó una hora aproximadamente y nadie supo nunca qué cosas se dijeron, ni de qué manera, pero lo que sí recuerdan todos los que estuvieron presentes fue que a la salida los dos eran personas distintas y su trato poco menos que el de dos amigos de toda la vida, exhibían confianzas y afectos desconocidos en ambos, se tuteaban y charlaban como si de dos compinches se tratara, el jefe le decía Richie a Ricardo, y lo más extraño de todo, este lo llamaba por el nombre, con un gesto de la mano el jefe convocó a El Arete que no cabía en la ropa de estupefacción y le dijo algo al oído, este fue hasta el carro y saco del baúl dos maletas, una llena de dólares y la otra llena de armas y se las entregó a Ricardo que sonriendo le estrechó la mano al jefe para decirle:

—Listo, entonces así quedamos — de esa reunión salieron la cabeza y el brazo de las incontables matanzas, secuestros y desmanes que sufriría esta ciudad durante algo más de una larga y nefanda década.

[...] Ahí es que empieza verdaderamente la historia de Los Priscos, ahí es que dejan de ser un combo de malhechores y se transforman en una banda de asesinos, sicarios y secuestradores que no conoce límites, ahí es que crecen en tamaño y poder, ahí es que empieza a fluir el dinero a montones y con este las tentaciones para todos los muchachos del barrio y particularmente de la cuadra que ven cómo Los Priscos dilapidan y reparten carretadas de plata y ven en el combo la oportunidad de salir del barro y la mugre que conlleva la pobreza, y estos encantados e interesados de tener a su disposición tantos aspirantes, pues era menester de este próspero que hacer mantener un creciente enjambre de solicitos muchachos dispuestos a hacer lo que fuera a cambio de billete y respeto, para llevar a cabo las labores que con el paso de los días se hacían más copiosas y enrevesadas, en muy poco tiempo el combo pasó de ser el de los de la esquina a ser una nutrida banda de todo el barrio, con diferentes sedes y un robusto personal de jóvenes que no pasaban de la pubertad en su mayoría, paulatinamente el barrio se convirtió en cuartel de un ejército de jóvenes al servicio del Cartel en constante reclutamiento.

[...] A medida que los hermanos Prisco colonizaban el éxito tanto en dinero como en poder se les iba insuflando su actuar malévolos, en Ricardo se manifestaba en su capacidad bélica, que crecía de un modo rotundo e insospechado hasta alcanzar alturas de terror, en determinado momento llegó a poseer un arsenal más propio del Mosad o de la U.S. Army que de una banda de barrio, su fijación eran las armas y su pasatiempo la destrucción, fue el primero en importar fusiles de asalto G3 alemanes y galiles israelíes desconocidos incluso para el ejército nacional y pagó entrenamiento para él y sus más allegados en manejo de explosivos con expertos traídos de Medio Oriente, por eso fue el encargado de los innumerables carros bomba que estalló el Cartel en los momentos de mayor tensión y máximo acaloramiento de la guerra contra la nación. Mientras que a su hermano Armando el poder le exacerbó la locura que hasta entonces había estado aplacada, toda vez que se montó en el caballo de ser el segundo al mando, dio inicio a una serie de actos tan terrorifi-



cos como desatinados, uno de ellos y tal vez el más espeluznante lo llamaba "la cacería" y consistía en montarse en una moto 500 trajeado con un gabán negro que encubría un changón en su costado izquierdo y una mini ametralladora Atlanta 380 en el derecho y salir de noche a pasear su monomanía por las calles de los barrios colindantes para atacar aleatoriamente y sin ton ni son a cualquier grupo de personas que estuviera apostado en una esquina o irrumpir en alguna casa de familia y aniquilar hasta al último ser vivo que se encontrara presente, nunca convidó ni obligó a nadie a que lo secundara en estas correrías, era un placer que parecía disfrutar en soledad, luego aparecía en la cuadra más feliz que nunca y se emborrachaba con todo el que quisiera escuchar los pormenores de sus arremetidas, era un secreto a voces que todos pensaban que lo que hacía Armando era demasiado pasado de rosca, una cosa era atacar a los enemigos o liquidar a los desconocidos cumpliendo órdenes de poderes más altos y por dinero y otra muy distinta era masacrar a gente inocente, inerte y solo por placer, era algo intolerable aun para los más asesinos que se hacían los de la vista gorda porque era el hermano de Ricardo Prisco, de haber sido otra persona su muerte se habría decretado después de la primera incursión, por estas y otras prácticas llegó a ser un personaje completamente impredecible que más que respeto inspiraba miedo, a Ricardo le llegaron los comentarios sobre los hábitos y maneras de su hermano, como el día en que para ensayar un fierro le disparó desde la terraza de la oficina a un vecino de la cuadra que salió a comprar una mantequilla, dejándolo mal herido y a punto de morir, mientras él le decía a los que lo acompañaban:

—No, qué gonorra de pistola, no mata ni a un puto obrero de un balazo, cámbiela que no nos sirve —el mayor llamó al orden al menor y este que a la única persona que respetaba en el mundo era a su hermano se dejó regañar en silencio y le prometió que aplacaría su

comportamiento, pero en el fondo hervía de rabia, mientras caminaba a su casa repasaba en su mente quiénes podían haber sido los sapos que le habían contado a su hermano sus diabluras y se convenció de que ninguno de los muchachos había sido porque estaba seguro de que ninguno tendría las pelotas para enfrentarse con él y llegó a la conclusión de que tenía que haber sido alguien de su casa o su madre o sus hermanas, así que entró como un poseído y empezó a maltratar a las mujeres de su familia, a putearlas y a decirles sapas hijueputas y a amenazarlas con un revólver, fue tanto el escándalo que pronto todo el mundo en la cuadra se apostó afuera de la casa pero nadie se atrevía a entrar, no sé quién, si fue mi mamá o algún vecino quien le dijo a mi hermano que le avisara rápido a Ricardo lo que estaba sucediendo, Alquivar que en ese momento era casi un niño le dijo lo que pasaba al patrón y este salió raudos con una pistola en la mano, entró a su casa y vio a Armando despersonalizado, presa de un ataque de histeria como los que le daban cuando eran niños, con los ojos inyectados de sangre y gritando madrazos a diestra y siniestra, llamaba puto a Dios, putas a su madre

y hermanas y les decía que a todos los iba a matar, Ricardo trató de calmarlo pero todo intento fue inútil, cada vez se salía más de sus cabales llegando a meterse su propio revólver en la boca, cuando ya iba a disparar Ricardo se le adelantó y le pegó un tiro en una rodilla que lo dejaría cojo el resto de sus días, pero fue efectivo, con esto fue con lo único que se calmó, soltó su revólver y se agarró la pierna gritando de dolor, todos sus familiares corrieron a auxiliarlo y él se empujó a llorar, pidiéndoles perdón y abrazándolos, en pocos minutos al corrillo de mirones y chismosos que pagaban la casa se sumó la policía que acudió por un llamado anónimo y lo que parecía una trifulca familiar terminó siendo un hallazgo increíble para la ley, porque no solo atraparon sin buscarlo al segundo al mando y hermano del líder de una banda que ya traían entre cejas sino que además se encontraron una caleta con incontables municiones de todos los calibres, junto con casi medio millón de dólares en efectivo en el sótano de la casa que allanaron inmediatamente supieron quién era el personaje herido, solo les quedó la espina de no poder atrapar a Ricardo... UC



La cuadra times
Ganador Novela
XII CONCURSO
NACIONAL DE
NOVELA Y CUENTO
Cámara de Comercio
de Medellín
2015

La estación

por ANDRÉS MONTOYA ARANGO

Ilustración: Manuel Celis Vivas



Jamás me imaginé en esa fila. Frente a la que llamaban la estación de los suicidas. Sabía que su realidad se componía de un ruido repetido y una serie de calamidades que se escalonaban. Pero hacer fila para morir, tenía que estar en un estado lamentable, o mejor diré patético, para no quedarme corto.

No hacía filas en bancos ni restaurantes, tampoco para la montaña rusa y mucho menos la haría para ser despedazado por un maldito artefacto moderno que ni chofer tenía. Todo se estableció con la intención de ordenar lo macabro y no dejarse tomar por sorpresa ante una acción radical de un ciudadano que dejaba atrás mil cartas y unas cuantas canciones para dedicar. Así que la última estación del tren, una que no cumplía propósitos funcionales, se convirtió en la estación de los suicidas. Allí llegaban viejos con metástasis, niñas violadas, pequeños homosexuales con miedo a salir del clóset, borrachos, ególatras, artistas, escritoras, naufragos, exmilitares, viudas paupérrimas, profesores de geometría, travestis, expresidentes, y hasta perros cuya sarna invadía unos ojos miserables.

Todos se agazapaban en una limpia y minimalista estación para lanzarse al tren. El que pensaba era porque no se iba a tirar, así que había agones aptos para dar un empujón o pronunciar las palabras apropiadas:

—No te quiere. Estás en el infierno, eres inmunda, lo perdiste todo, ¡puto marica!

Y unos Converse, unos Crocs o unos piecitos sucios se apoyaban por última vez para dar el salto glorioso hacia el despedazamiento.

Y era el momento decisivo. Un marino de carne y huesos se enfrentaba en medio de la gravedad a una turbulenta masa mecánica de velocidad inalterable. En una fracción de segundo ese sentimiento de desasosiego culminaba y daba paso a una digna labor sanitaria.

Barrenderos, cubiertos con uniforme blanco y tapabocas, acudían a dejar intacto el lugar para que la próxima agonía fuera merecedora de vitores y aplausos en el más allá.

Nunca supe qué se hacía con las masas que rescataban. Algunas teorías suurradas sostenían que eran utilizadas en hamburguesas, donaciones a artistas de la muerte, "industrias" del bajo mundo y hasta abono para jardines de los geriátricos.

Trabajar como barrendero de la estación se convirtió en un gran honor; la paga era muy buena y se lograba entender que eso tan insólito del apagamiento hacía parte de esto tan frenético de la existencia.

Poetas y fotógrafos comenzaron a invadir el lugar. A su vez, los pintores que hacían retratos del antes y el después, e incluso un habilidoso japonés que con tinta china lograba captar ese instante en que el colibrí era devorado por la planta que avanzaba hacia la periferia de la ciudad.

La piratería no tardó en aparecer entre aquellos sujetos que vendían pelu-

clas de los "accidentes" numerados. Valga aclarar que los accidentes femeninos tenían una mayor oferta.

Cuando alguien quedaba vivo, un paramédico terminaba el padecimiento. Un día amaneció enfermo, y una dama agonizó durante tres horas, hasta que uno de los barrenderos entendió su tarea y destripó su cabeza de un pisotón. Ese fue el video más vendido de la semana y se volvió una tendencia superada solo por el infarto del Papa mientras bendecía la guitarra de un talento emergente.

Mi curiosidad era latente y pasaba por allí con cierta euforia y adrenalina. Pensaba en el derecho penal y la injerencia que podría tener esto en el código. La jurisprudencia apenas comenzaba a pronunciarse sobre el fenómeno. Los togados debatían entre humo y caféina sin sentir el caos que albergaba este rincón de la ciudad.

Era el último de la fila, me dijeron que me vendían un mejor puesto.

—Soy paciente—, dije al anciano. Y fue avanzando hasta que la mujer que estaba delante de mí saltó con ojos llorosos. Pedazos de carne se adherieron a mi rostro, empapándose de un miedo agreste. Mis rodillas temblaban. El agente se acercó y me dijo:

—Tu padre te detesta, sanguijuela del fracaso.

Salté de un experto skater, e hice una pirueta sofisticada que fue detenida por el golpe seco de la mezuquina criatura.

No solamente había saciado mi curiosidad, había logrado un buen salto. Nada mal para un principiante. UC

Óscar Domínguez es un abuelo con oído de tísico y memoria de elefante, curioso como un niño. Con esas cualidades, y la dedicación de los mineros, persiguió los ingenios de sus nietos. Y comenzaron a llover respuestas y desafíos infantiles desde todas las orillas. El resultado es una colección de burlas a la costumbre y el orden. Un libro de aforismos involuntarios: *¿Adónde van los días que pasan?*

¿Adónde van los días que pasan?

selección JULIETA GAVIRIA

Ilustración: Verónica Velásquez



Una noche, mientras todos dormían, Marta, de cinco años, se acercó a la cama de su madre y le dijo: —Mamá, mamá, he hecho pipí, pero no he tirado de la cadena para no despertarte, ¿vale?

El padre de Claudia se agachó para atarle los zapatos, y la niña, de cuatro años, al verle la coronilla sin pelo, exclamó alucinada: —¡Papá, tienes carne en la cabeza!

Una mamá, amiga mía, le dijo a su hija: —Amor, buenas noches para ti. Luego se volteó a ver la muñeca que tenía abrazada y agregó: —Lolita, para ti también buenas noches.

Entonces la hija replicó: —Mami, ella no te escucha porque ¡es una muñeca de plástico!

Pregunta Cipriano, de seis años: —Mami, si no fueras mi mamá, ¿podrías ser mi novia?

—¿Qué significa ser adoptada? —preguntó el niño.

Y la niña contestó: —Significa que uno no crece en el vientre de su mamá sino que crece en su corazón.

Ilona, de cuatro años, le dice a su padre: —Si tuviera que pedir tres deseos, te pediría tres veces.

¿Qué necesitaba saber tu mamá de tu papá antes de casarse con él?

—Su apellido.
—Si quería casarse con ella.
—Pues si tenía trabajo y si le gustaba ir de compras.

¿Por qué se casó tu mamá con tu papá?
—Porque mi papá hace el mejor espagueti del mundo y mi mamá come mucho.
—Porque ya se estaba haciendo vieja.

¿Cuál es la diferencia entre las mamás y los papás?

—Las mamás trabajan en el trabajo y en la casa y los papás solo van al trabajo.
—Las mamás saben hablar con las maestras sin asustarlas.

—Los papás son más altos y fuertes, pero las mamás tienen el verdadero poder porque a ellas les tienes que pedir permiso cuando te quieres quedar a dormir en casa de un amigo.

—Las mamás tienen magia porque ellas te hacen sentir bien sin medicina.

—Yo sé que mi hermana mayor me ama porque ella me da sus vestidos viejos y sale y compra unos nuevos para ella.

Lauren, de cuatro años.

Óscar, de diez años, cuidaba a Henri, de año y medio. De pronto le dice: —Ah, Henri, feliz tú que tienes toda la vida por delante.

Miguel, hablando de su hermanito menor:

—¿Martín es sangre negativo?, ¿o sea que tiene muy poquita sangre?

La mamá empieza a preparar a Esteban, de cuatro años, para la llegada de su hermanita.

—Esteban, tengo una noticia importante que darte, ¡vas a tener una hermanita!
—No, yo quiero es un hermanito, ¿con quién hay que hablar?

Y cuando Andrés contestaba el teléfono decía de una buena vez: —Habla con el hermanito de mi hermanita.

La mamá de Tomás está esperando un bebé. Tomás, de tres años, le da la noticia por teléfono a su abuelita, con este agregado: —Pero tenemos un problema, es una niña.

Un día salimos a comprarle a Ana Sofía los primeros "brasieres principiantes". Cuando su hermanito Juan Pablo lo vio casi se traga la lengua del susto. Entonces les pregunta a sus padres: —¿Y es que a Ana ya le van a poner las siliconas?

Una honesta niña de siete años admitió calmadamente a sus papás que un niño de su clase la había besado.

—¿Cómo sucedió eso? —preguntó asombrada su mamá.
—No fue fácil —admitió la pequeña—, pero tres niñas me ayudaron a agarrarlo.

Cuando mi nieto me preguntó qué tan viejo era yo, bromeando le dije que no estaba muy seguro. A lo que respondió: —Mira la etiqueta de tus interiores, abuelo, en el mío dice de cuatro a seis años.

—Abuela —pregunta Óscar—, ¿cuántos años cumple el abuelo?
—Sesenta y cuatro —contesta ella.
—¿Y él lo sabe ya?

Al día siguiente de la incineración de su abuelo, Katya le preguntó a su mamá: —Mami, ¿y al abuelito por qué lo incineraron?

David, de seis años, amaneció bravo con Dios un día de invierno. Le pidió que saliera el sol para poder ir a jugar al parque. No cesaba de diluviar. —Mami, Dios no me para bolas —se quejó David.

Una niña de siete años iba a hacer la Primera Comunión.

Le preguntan: —¿Qué es lo que más te alegra, la fiesta o recibir al Niño Jesús?

Y ella responde: —No me preguntes que ya me confesé y no puedo decir mentiras

Pregunta Luisa, de cuatro años: —Mamá, ¿a vos te tocó la matanza del Niño Dios?

Como la nueva bebé lloraba mucho, el mayorcito le dice a mamá: —¿No será que la podemos volver a meter en tu barriga, que allá no se oía?

Hugo, de cuatro años, le preguntó a su madre: —Mamá, ¿cómo salí de tu barriga? Ella le respondió: —Pues primero salió la cabeza, después los hombros, luego el cuerpo y al final las piernas. Y dijo Hugo, asustado: —Mamá, ¿pero es que salí destrozado?

Jaime estaba intentando conseguir un papel en una obra de teatro de la escuela. Había puesto su corazón en ello pero aun así temía que no fuera elegido. El día que fueron repartidas las partes de la obra, Jaime salió corriendo con los ojos brillantes de orgullo y una gran emoción. —Adivina qué, mamá —me dijo gritando las palabras que permanecerán como una lección para mí—, he sido elegido para aplaudir y animar.

Diálogo entre tío y sobrina de seis años: —¿No te dieron educación en el colegio?

—Sí, educación física.

La tía trata de convencer a Manuela, de cinco años, de que se coma todo el almuerzo.

—Para que crezcas, se te ponga el pelo lindo y tengas una piel bonita.

La niña replica: —Ay, pobrecita mi mamá, ¡cómo aguantaría de hambre!

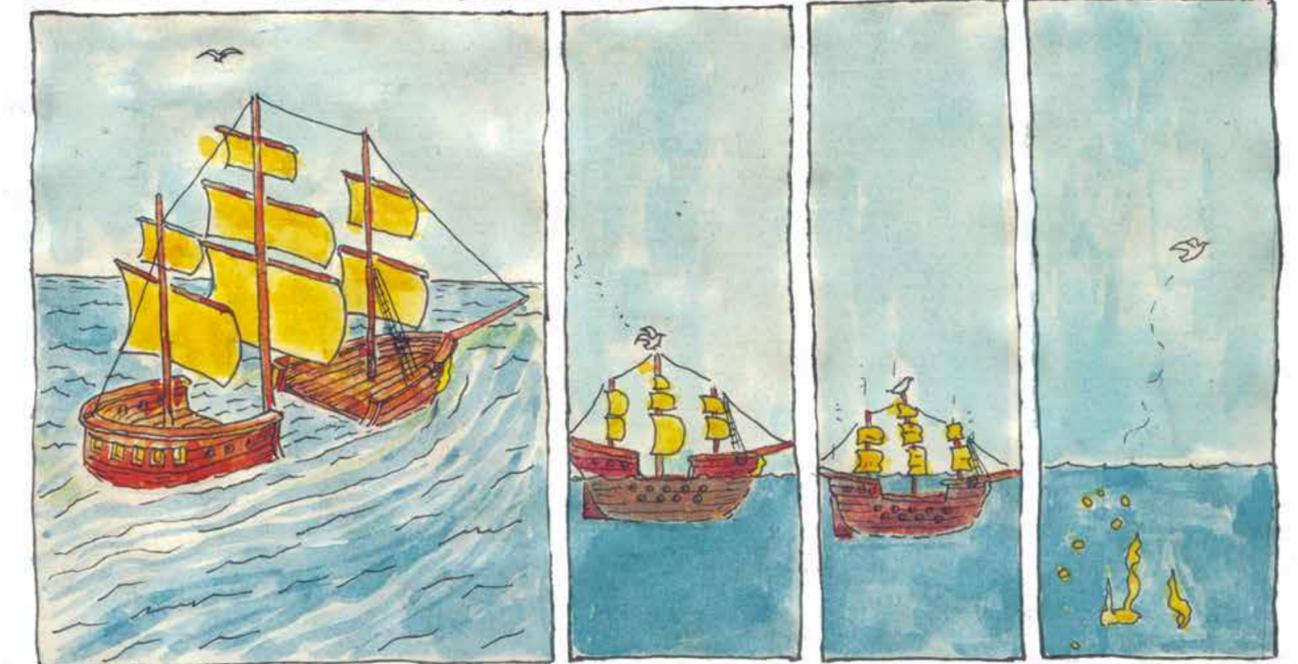
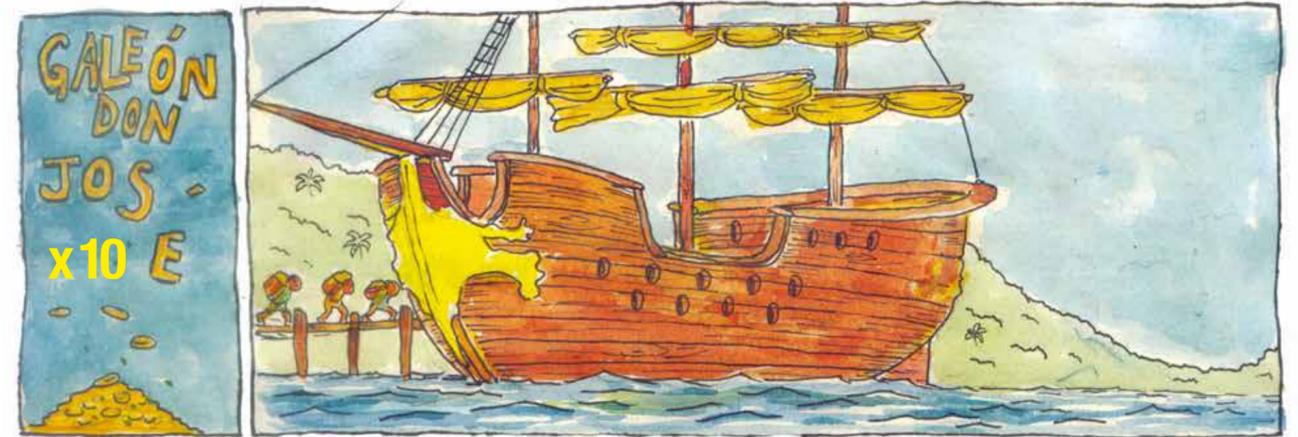
—Mamá, ¡se cayó el cielo! —fue la primera reacción de Catalina, de cuatro años, cuando vio el mar desde el avión, poco antes de aterrizar.

Una niña le estaba hablando de las ballenas a su maestra. La profesora dijo que era físicamente imposible que una ballena se tragara a un ser humano porque aunque era un mamífero muy grande de su garganta era muy pequeña. La niña afirmó que Jonás había sido tragado por una ballena. Irritada, la profesora le repitió que una ballena no podía tragarse ningún humano; que físicamente era imposible.

La niña dijo: —Cuando llegue al cielo le voy a preguntar a Jonás.

La maestra le preguntó: —¿Y qué pasa si Jonás se fue al infierno?

La niña le contestó: —Entonces le tocará a usted preguntarle. ☺



¿Adónde van los días que pasan?
Óscar Domínguez Giraldo
Luna Libros
2015

www.cinéfagos.net
cine colombiano · crítica de cine
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

parque

explora

MEDELLÍN

Acuario Explora
Viaje al esplendor



Alcaldía de Medellín



Medellín
todos por la vida